

Mi vida con los *Warren*



Ariadna Baker

Mi vida
con los
Warren

Ariadna Baker

Primera edición.

Mi vida con los Warren

©Ariadna Baker.

©Septiembre, 2022.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1



Junio 1980

Abracé a mi padre a pie del autocar que me llevaría de Dublín a Cork mientras intentaba reprimir las lágrimas.

A mis veinticinco años jamás nos habíamos separado. Se encargó de mí desde que apenas tenía cuatro años cuando mi madre se tuvo que ir a Belfast en Irlanda del Norte, su ciudad natal, a cuidar a sus padres enfermos y, poco a poco, se fue perdiendo la comunicación hasta que nunca más supimos de ella.

Mi padre era irlandés también, nacido en Dublín como yo. Un hombre con un corazón de oro, y, que, desde entonces, no había parado de buscar a su mujer, mi madre.

Se enamoraron en Belfast en un viaje que hizo mi padre, y, después, esa historia de amor continuó en Dublín tras casarse.

Mi padre jamás superó esa desaparición, cuando perdieron la comunicación, él se fue a buscarla a la ciudad natal de mi madre y ya no había rastro ni de ella ni de mis abuelos maternos, la única noticia que consiguió fue que ya habían fallecido. De ahí comenzó a volverse loco y a preguntarse que dónde estaría su Helen, o sea, mi madre.

Mi padre siempre había trabajado en una fábrica de bombones muy famosa en el país, con el que consiguió que no nos faltara nunca un plato en la mesa ni una prenda de vestir. Incluso hacía horas extraordinarias, cuando era necesario, mientras Mariah, mi abuela paterna, me cuidaba.

Ella había muerto cinco años atrás, a sus ochenta y dos años. Es con la figura materna que siempre crecí, la sentí como esa madre que me faltó de forma tan repentina dejándonos muchas preguntas que nunca fueron contestadas.

—Hija, ten mucho cuidado, cuídate y escríbeme todas las semanas, por favor.

—Tranquilo, papá —sonreí mientras me secaba esas lágrimas que caían sin cesar.

Tras un efusivo y emotivo abrazo, me subí al autobús después de colocar mi maleta abajo en el maletero.

Una vez sentada en mi asiento, lo vi a través del cristal de mi ventanilla, ahí parado en la acera, tirándome besos de lo más emocionado, sabía que le partía el alma que me tuviese que marchar, pero, no podía rechazar un trabajo que me habían ofrecido, necesitaba reunir todo el dinero posible hasta mi regreso.

Cuando el autocar se puso en marcha, los besos que me tiraba mi padre eran más constantes, se le notaba la tristeza en su rostro. A mí me daba pena dejarlo ahí. A sus sesenta años, aparentaba ser mayor, a causa de ese dolor que venía arrastrando desde la desaparición de mi mamá y todo lo que trabajó para sacarme adelante.

Unas tres horas me separaban de mi destino, Cork.

Allí iba a trabajar en la finca de los señores Warren, en la casa principal.

Me habían hablado de esa familia antes de aceptar y es que, a Maire, la señora de la casa, con cuarenta años, después de nacer su segundo hijo cinco meses atrás, le habían detectado una enfermedad que es la que la tiene postrada en la cama y empeorando por días.

Así que tenía que cuidar de Kevin, ese bebé de cinco meses y de Fiona, su hija de seis años que ahora estaban al cuidado de su padre, Cillian, de cuarenta y un años que era veterinario y tenía su clínica en la propia finca.

Me habían comentado que allí también vivían Diana y Peter, un matrimonio de unos cincuenta años. Él se encargaba de mantener la finca en perfecto estado y ella, del cuidado de Maire, la casa y de cocinar para todos. Vivían en una casita que estaba dentro de la finca para el personal de servicio.

La idea de cuidar a un bebé me daba un poco de respeto, pero conociéndome sabía que pondría todo mi empeño y lo haría lo mejor que pudiera, al igual que con Fiona que solo tenía seis años y era una niña.

El viaje lo pasé un poco angustiada, me sentía muy nerviosa y con un nudo en el estómago. Jamás había salido de Dublín e irme un poco lejos para mí era todo un mundo.

Cuando el autocar paró en Cork, bajé del autocar y ahí me estaba esperando Peter que me reconoció de inmediato ya que a la casa habían mandado mi información junto con una foto.

—Hola, bonita, debes de ser Nessa.

—Hola, sí. Y usted debe ser Peter ¿verdad?

—El mismísimo —sonrió con amabilidad cogiendo mi maleta y lo seguí hasta la camioneta que tenía fuera de la estación de autobuses.

Por el camino me fue contando un poco sobre la finca y la vida en aquel lugar que estaba como a veinte minutos de la ciudad de Cork.

Me habló con tanto cariño de esa familia y de su mujer que hasta fue tranquilizador para mi llegada y el primer contacto con la familia.

Fue llegar y una preciosa niña, que supuse era Fiona, salió sonriendo con su muñequita de trapo en la mano.

—Hola, preciosa, eres Fiona ¿verdad? —le pregunté agachándome un poco y acariciando su barbilla.

—Sí, y, ella —se refirió a su muñeca —se llama Isabella.

Dos perros pastores alemanes no dejaban de dar vueltas a mi alrededor.

—Son Don y Coll —me dijo Peter mientras bajaba mi maleta.

—Parecen muy nobles.

—Lo son, aunque saben defender la finca en caso de que fuese necesario.

—No lo dudo —sonreí acariciándolos.

—Mira, es mi mujer Diana —levanté la cabeza y la vi acercándose a mí, con un bebé en los brazos.

—Hola —sonreí —y este precioso bebé, debe ser Kevin.

—Sí —lo puso en mis brazos sin esperarlo y sentí que acababa de tener un flechazo con ese niño que me miraba fijo desde la mantita en la que estaba liado.

Volvió a coger al bebé y me acompañaron hasta la que sería mi habitación.

Se quedó conmigo Fiona que no dejaba de sonreír con su muñeca en la mano, se sentó en el filo de la cama mientras miraba como colocaba mis prendas en el armario y en la cómoda de la habitación.

Me parecía adorable y muy buena niña, con un poco de timidez, pero se le veía a gusto conmigo, como si me conociese de toda la vida. Le acaricié la cara varias veces cuando me miraba así en silencio sin perder la sonrisa.

Sentía dolor al pensar que esa pequeña estaba viendo el deterioro de su madre y sufriendo en silencio.

Le cogí la mano para salir de la habitación cuando terminé de colocar mis cosas.

—¿Vamos? —le pregunté sujetándola mientras ella se colocaba en su otro brazo a la muñequita.

—¿Quieres conocer a mi mamá?

—Claro, preciosa.

—Ahora la van a sacar a la terraza —se refirió al porche de la casa —y allí pasará un ratito al sol.

—Qué bueno, tengo muchas ganas de conocerla.

Salimos hacia el porche y, efectivamente, ahí estaba sentada en una mecedora con una mantita por encima de las piernas. Se la veía débil, pero era guapísima. Me sonrió nada más verme.

—Hola, Nessa —murmuró estirando su mano. Se la cogí y besé la mejilla.

—Hola Maire. Encantada de conocerte.

—Siéntate, por favor —señaló una silla que había a su lado y, cuando me senté, la pequeña se subió a mi falda causándonos una risita —Se ve que le has caído bien, no es de hablar con cualquiera.

—Entonces es lista, hace bien en no fiarse de todo el mundo —sonreí mirando a la pequeña que nos miraba a la una y a la otra alternativamente.

—Desde la agencia de Dublín nos hablaron muy bien de ti. Me alegro de que seas tú quién esté aquí para ayudar con los pequeños.

—Espero hacerlo todo lo bien que usted desea.

—Seguro que sí —sonrió y se le veía tan buena persona que me partía el alma ver como esa enfermedad la estaba consumiendo y, al parecer, no había forma de frenar.

Diana volvió a aparecer con el bebé en un carricoche precioso, de esos con las ruedas de aluminio grandes y la tela como si fuera de piqué en color crema.

Dejó el carricoche en el espacio que quedaba entre su madre y yo. Ella lo miraba igual que a su hija, con un amor que se podía sentir en la propia piel.

Qué duro debía ser saber que no los vería crecer y se perdería la vida de sus hijos. Aquello me dejaba afligida por completo.

Capítulo 2



Junio 1980

Una horita fue la que estuve con Maire y los pequeños antes de que Diana se la llevara para ducharla y volverla a acostar en la cama, donde se encontraba más cómoda.

Me había dejado una sensación de impotencia que me costaba hasta hablar, estaba con la mente ida de sentir lo injusta que era la vida.

Empatizaba con Fiona, sabía cómo se sentiría sin su madre, como me había pasado a mí, crecer sin esa persona tan importante en nuestras vidas.

Ella iba a correr la misma desdicha, de manera diferente, porque ella siempre sería consciente de lo que le pasó a su madre para no poder estar a su lado. Por desgracia, iba camino de ese túnel del que no iba a poder regresar.

Y el pequeño Kevin, ese que no tendría ni un recuerdo de ella, era demasiado pequeño, era un bebé.

Lo miré mientras lo bañaba y sonreía feliz de sentir el agua en su cuerpecito y esos masajes que yo le daba con la esponja mientras lo lavaba.

Lo tenía en una bañera para bebés portátil que había sobre un mueble y Fiona estaba en la bañera jugando con unas piezas de pescados de plástico.

Los bajé en pijama listos para cenar.

En ese momento que entré con el bebé en brazos por el pasillo hacia la cocina, me encontré con el que debía de ser Cillian, el papá de los niños y esposo de Maire.

Me chocó mucho, no sé, no es que me lo esperase de ninguna manera, pero no así.

Llevaba unas botas de piel, unos tejanos gastados, una camiseta blanca y encima una camisa vaquera abierta. Parecía un vaquero en vez de un veterinario. Sonreí mirándolo con su bebé en brazos.

—Debes de ser... —arqueó la ceja con una media sonrisa.

—Nessa, señor.

—Por favor, llámeme Cillian —se acercó y acarició la mejilla de su bebé.

—Cójalo —lo levanté para dárselo.

—Cada vez se parece más a mí.

—¿Sí? Soy un poco mala para sacar parecidos.

—Pero imagino que te habrás dado cuenta de que Fiona es una copia de su madre.

—No —me puse roja como un tomate y es que no sabía mentir.

—Sí, lo es, al igual que este pequeño diablillo que tiene hasta la mandibulada muy definida como su padre —me contestaba, pero hablándole a él.

Se le veía la tristeza que llevaba tras esa sonrisa. Me chocaba mucho verlo con ese estilo de pelo un poco largo y desenfadado por encima de sus orejas. Castaño rubio y los ojos de color marrones. Una cara y físico impresionantes para un hombre que transmitía mucha nobleza. Había tenido muy buen gusto la señora Maire que también era preciosa.

Una familia muy bonita para un inminente desenlace que hasta a mí me parecía de lo más desgarrador sin ser parte de ellos, pero todos tenían un aura especial. Esa casa daba mucha paz.

Cenamos todos juntos en el salón después de que Diana le diese la cena a Maire y yo al bebé.

—¿Qué tal la habitación, Nessa?

—Bien, señor Cillian.

—No me hables de señor —carraspeó en plan protesta, pero sin perder esa sonrisa que siempre llevaba de medio lado. Me sonrojé de nuevo.

—Mi papi es veterinario y se llama Cillian, pero sin el señor.

—Vale, vale, lo anoto aquí —asentí tocándome la sien y causando una risilla a Fiona.

—Cillian nunca nos permitió dirigirnos a él de otra manera que no fuese así —dijo Peter sonriendo y su mujer asentía.

—Me gusta tratar con respeto, pero con cariño, creo que el poner títulos antes del nombre es para personas desconocidas. Todos los que estamos

aquí, de una manera u otra, somos familia.

—¿Y Nessa también?

—Claro, hija. Si está aquí es porque será una más y estoy seguro de que ya hasta le has cogido cariño.

—¡Sí! —contestó de forma efusiva mirándome de reojo.

Me sentí cómoda con ellos, aunque mi timidez me hacía pasarlo mal con esas conversaciones. El rubor me subía por completo, pero es verdad, que siempre que miraba a Fiona como que me tranquilizaba, verla con esa sonrisa e inocencia me transmitía mucha calma.

—¿Y ya has terminado la escuela? —le pregunté para no parecer tonta con ese silencio que se había ocasionado en la mesa.

—Sí, hace dos días.

—Ahora a disfrutar de las vacaciones.

—Sí, mi papá me va a hacer con unas cuerdas y una tabla un columpio de madera para poner en el árbol que hay delante de la casa.

—Eso está genial, te lo vas a pasar muy bien.

—Sí —reía feliz.

Ayudé a Diana a recoger la cena y luego llevé a la pequeña a la cama.

Mientras la arropaba me pidió que le contase un cuento, así que tuve que improvisar, pero parecía que le estaba gustando ya que no dejaba de preguntar. Era uno que me contaba mi padre cada noche cuando era pequeña y con el tiempo me confesó que se lo había inventado ya que no se

sabía ninguno. Pero para mí era el mejor cuento del mundo ya que trataba de una niña y su amor por un conejo. Era divertido y especial. A Fiona también le estaba pareciendo de esa manera por el interés que ponía y los gestos que hacía.

Le di un besito y, cuando me giré, me encontré con la mirada de Cillian que estaba apoyado en el marco de la puerta, me sonrió y entró para darle las buenas noches a su hija.

—Bueno, yo me retiro a dormir. Si quieres me llevo al pequeño a mi habitación.

—Tranquila, duerme a un lado de mi cama.

—Bien, cualquier cosa...

—Claro. Que tengas buena noche, Nessa.

—Igualmente, Cillian.

Me metí en mi cuarto y le escribí una carta a mi padre ya que por la mañana Peter iría a la ciudad y aprovecharía para que la enviara, ya que, me dijo que no tenía inconveniente alguno en que cada vez que fuese, hacerme los recados que le pidiese.

“Querido papá.

Mi primer día aquí ha sido emocionante, lleno de sensaciones. Estoy encantada con Kevin y Fiona.

Su mamá estuvo conmigo charlando una hora y me causó un sentimiento de tristeza increíble; es una gran mujer con una desdicha increíble. Espero que su camino a la vida eterna no sea más doloroso del que ya es y pueda irse en paz.

El señor Cillian es un encanto de hombre que me trató con mucho respeto y cariño dejando constancia de que era una más en la familia.

Diana y su marido Peter son también encantadores, él será el que lleve esta carta a la ciudad para enviarla.

La finca es muy grande, al fondo de ella está la clínica veterinaria donde Cillian recibe y atiende a los animales que traen sus clientes. La casa es muy acogedora y amplia, me dejaron una habitación con todas las comodidades, inclusive tengo un baño para mi sola.

Te echo mucho de menos. Hoy me va a faltar tu beso de buenas noches, pero estoy segura de que me lo estás dando desde la distancia.

Sabes lo importante que es para mí conseguir estar aquí el máximo tiempo posible para reunir todo lo que pueda para volver a luchar por eso que tanto daño me hace.

Te quiero muchísimo, cuídate y cualquier urgencia sabes que puedes llamar a esta casa.

Tu hija que siempre te lleva en el corazón.

Nessa”

Capítulo 3



Julio 1980

Llevaba una semana en la finca de los Warren y me sentía como una más de la casa.

Como cada mañana, Fiona solía venir y meterse en mi cama un poco, me impactó mucho el primer día, pero luego era como una necesidad y es que, esa pequeña, notaba que buscaba en mí, lo que por desgracia ya no podía encontrar en su madre.

Maire sufría muchos dolores en el cuerpo, hasta se le formaban unos hematomas y no se le podía ni rozar, de ahí que la pequeña buscara cobijo en mí y no en su mamá.

La abracé un rato a ella y a su muñeca, de esa no se desprendía apenas y es que era como si de una parte de Fiona se tratase. Le hablaba a Isabella como si le fuese a contestar, era adorable. Bendita inocencia.

Aparecí por el salón y ya estaba Diana con Kevin en los brazos dándole el biberón.

—Buenos días. Este bebé se levantó hoy más temprano pidiendo comer —decía sonriendo, mirando a Fiona.

—Y cuando él se tome el biberón, yo voy a desayunar.

—Claro —le respondió Diana a la niña.

Yo veía al bebé y me traía unos recuerdos muy dolorosos que quería obviar para no hacer más grande esa herida que tenía en mi corazón y es que me habían hecho mucho daño. Era como que intentaba evitar esos recuerdos para superar algo insuperable.

Lo cogí cuando acabaron y me lo comí a besos, tanto que le hice echar un poco de lo que había comido.

—Tranquila, este niño es muy exquisito —me dijo el padre al que no esperaba detrás —Buenos días, Nessa —cogió a Fiona en brazos.

—Buenos días, Cillian —sonreí—. Lo moví más de la cuenta con los achuchones.

—Seguro que prefiere echar un poco y recibir esos mimos, que quedarse sin ellos.

—Gracias.

—A mí no, a él —sonreía sosteniendo a Fiona en brazos.

Cuando nos fuimos a sentar para desayunar, le di la carta a Peter.

—¿Podrías hacerme el favor de enviarla? Es para mi padre.

—Eso está hecho, además me pilla de paso.

—Gracias, Peter.

—¿Necesitas algo más?

—Nada, gracias.

—¿Cuántas veces me vas a dar las gracias? —me miró de forma que me causó una sonrisa.

Cillian me miraba con esa media sonrisa y me sonrojaba. Me imponía muchísimo a pesar de la nobleza y humildad que tenía.

—Papá ¿puedo ir a ver al pony que tienes en tu hospital?

—Claro, además, creo que en un par de días estará listo para que se lo lleven.

—¿Ya no está malito?

—Está mucho mejor, ya come y no vomita. Tenía un virus.

—¿Puedo ir con Nessa?

—Por supuesto, así se lo presentas.

—¿Al pony?

—Claro, ¿a quién si no? No tenemos más ingresos ahora mismo.

—¿Vienen muchos animales enfermos? —pregunté cuando se hizo un silencio después de esa conversación entre padre e hija.

—Muchísimos, más de los que a veces debería atender. Todos los días tengo una cita cada media hora, todo eso sin contar las urgencias por accidente o cualquier tipo de problema de salud.

—Cillian es el único veterinario en toda la zona —dijo Diana con esa sonrisa que siempre nos tenía a todos.

—Vaya, entonces debe venir alguna que otra urgencia hasta los domingos.

—Si solo fuera alguna que otra —murmuró Peter causando una risa en todos, inclusive en Cillian que escuchaba como se hablaba de él sin perder esa media sonrisa.

Peter se fue a la ciudad y Diana a dar de desayunar a Maire y lavarla. Luego se pondría a preparar la comida.

A Maire le era imposible sentarse a desayunar o comer en la mesa ya que le costaba ponerse cómoda. De ahí a que solo la pusieran una hora en la mecedora y al sol cuando lo hacía. En su dormitorio estaba todo adaptado para la comodidad de ella.

La pequeña comenzó a tirar de mi brazo para seguir a su padre que se giraba y nos sonreía al ver que lo seguíamos.

—Mi papá se va a poner ahora una bata de médico de color blanco.

—Y en dos horas la tendrá de todos los colores —murmuré causándole una risita.

Cillian siempre usaba tejanos y botas de montaña de piel, arriba una camiseta blanca y una camisa abierta, siempre igual. La camisa la llevaba unos días vaquera y otros de cuadros. Tenía muy buena planta y sabía combinar muy bien. Se notaba el estilo que tenía.

—Vosotras dos —se dirigió a nosotras cuando entramos en la clínica tras él —, hoy me vais a ayudar ¿verdad?

—Claro —murmuré y Fiona negaba mirándome para que dijera que no.

—Fiona te está advirtiéndote porque acceder no es buena idea ¿verdad?

—Papá, la última vez que te ayudé —resopló y se pasó la mano por la frente sin soltar a su muñequita Isabella.

—Eres muy exagerada —le dijo el padre acercándose a ella y haciéndole cosquillas por la barriga mientras la rodeaba con sus brazos.

—Me hiciste limpiar la mesa entera.

—Estaba vacía.

—Pero era gigante —rebufó mientras reía a carcajadas —¡Para, que me muero! —decía la pobre entre cosquillas.

—Atentas —se rascó la barba haciéndose el interesante y mirando a Fiona —, hoy necesito que coloquéis todo bien en ese mueble y que pongáis los medicamentos ordenados.

—Eso lo hacemos en nada —le dije a la pequeña.

—Pues mejor tardar mucho y así no nos manda otra cosa.

—Esta niña me salió muy perezosa —se encogió de hombros mirándola.

—No, papá que yo te ayudo, solo que no me dio tiempo a descansar de la otra vez que te limpié la mesa.

—No me lo puedo creer —murmuré riendo.

Fiona era muy divertida. Me estaba dando cuenta esos días que, aunque era muy tímida, estaba sufriendo y había momentos que se volvía más introvertida. Ella en cierto modo y a su manera era consciente de que su

mamá estaba malita y que no había cura para ella. Debía ser muy fuerte para una niña tan pequeña.

Nos pusimos a ordenar el mueble y pensaba en la vida de esa familia. Podrían ser felices pues lo tenían todo; unas buenas tierras, una clínica que les generaba muy buenos ingresos y que encima la tenían en la finca, un matrimonio que les ayudaba con los quehaceres de las tierras y la casa, además yo, que venía para cuidar a esos niños.

Y, sin embargo, estaban destrozados por la situación que estaban viviendo...

Cillian iba a menudo a la casa y entraba en la habitación para ver a su mujer, allí solo entraban Diana y él, ni siquiera los niños.

Siempre, después de comer, cuando había sol, la ponían en la mecedora y ahí disfrutaba de sus hijos y ellos de estar a su lado.

Nos quedamos toda la mañana ordenándole la consulta ya que él estaba atendiendo en la otra que era más pequeña.

Antes de comer y cuando vio como le habíamos dejado todo, nos sorprendió con algo.

—Os lo habéis ganado, nos vamos a comer a Henry Grill.

—¡¡¡Sí!!! —gritó la pequeña emocionada.

—Pero Diana habrá hecho la comida.

—Ella nos la guarda para otro momento —contestó Fiona no dispuesta a perderse esa propuesta hecha por su progenitor.

—Podéis ir vosotros, yo me quedo con el pequeño ayudando a Diana que lo tuvo toda la mañana.

—Kevin no da quehacer, se queda tranquilito en su cochecito y no le causa molestia. No te preocupes por eso.

—Vale...

Capítulo 4



Julio 1980

Fiona se puso en medio, entre nosotros, en la misma camioneta con la que me recogió Peter el día que llegué.

En la radio sonaba la banda de rock U2, originaria de Irlanda y que se había formado dos años atrás después de que ganasen un concurso de talentos en mil novecientos setenta y ocho.

La pequeña iba peinando a Isabella que tenía los pelos de lana algo enredados.

—¿Quién te la regaló? —pregunté por curiosidad.

—Un amigo de papá que tiene una tienda de muñecas en la ciudad.

—Se portó entonces muy bien contigo.

—Sí, pero mi papá salvó a su perrito que tenía un bichito en el cuerpo y se iba a morir.

—Entonces te la regaló con mucho amor.

—Claro, porque se llevó vivo a su perrito.

—Efectivamente.

Cillian iba tarareando flojito las canciones mientras conducía muy pensativo. Me ponía en su lugar y debía ser muy difícil asimilar que iba a perder a la mujer que amaba; su esposa y madre de sus hijos.

Llegamos a una especie de taberna y por el nombre que ponía en el cartel de madera, sabía que ahí estaba el lugar.

Olía raro como a vino, pero pude mirar lo que había en unas mesas y la pinta que tenían las hamburguesas eran de lo más apetecibles.

En la taberna estaba puesta la tele con las noticias que hablaban de los miembros del IRA, los que estaban condenados en Belfast, en Irlanda del Norte, donde se perdió la pista de mi madre y es que allí estaba la prisión de Maze y los condenados por terrorismo de ese grupo estaban luchando porque se les reconociera como presos políticos.

Dos años atrás, fueron asesinados el subdirector de la prisión y casi veinte funcionarios, a manos de hombres del IRA fuera de la prisión y desde entonces se había tomado la decisión de poner muchas unidades del ejército británico alrededor de la prisión patrullando de forma constante.

—Está la cosa que arde en Irlanda del Norte.

—De Belfast era mi familia materna —murmuré con tristeza, recordando que fue donde se le perdió la pista a mi madre.

—¿Te queda familia allí?

—No lo sé... —contesté con tristeza.

—¿Habéis perdido el contacto?

—Mi madre fue para cuidar a mis abuelos que estaban muy enfermos, y, un día dejo de escribir, mi padre preocupado se fue a buscarla para ver qué sucedía. Pero la única información que consiguió fue que mis abuelos habían fallecido y no había ni rastro de mi madre. De esto hace veinte años.

—Vaya, lo siento.

—Tranquilo, aprendimos a convivir con ello. Siempre tuvimos la esperanza de que aparecería, pero parece que se esfumó de la tierra. Mi padre escribió a muchos sitios en Belfast durante mucho tiempo, pero nadie le pudo arrojar luz sobre su paradero.

—¿No rehízo su vida?

—Ni la rehará. Mi padre nunca dejó de amarla y no hay día que mire su foto y no llore, preguntándose qué donde estará.

—Si tu mamá aparece, la podemos invitar a venir a la finca —murmuró Fiona causándome una sonrisilla.

—Claro y la ponemos a limpiar la clínica.

Cillian nos hizo reír a carcajadas y me vino muy bien en ese momento, ya que, la tristeza se había apoderado de mí.

Regresamos a la finca después de disfrutar de esas hamburguesas y nada más llegar, cogí al pequeño en brazos y me senté con él en el porche sobre mi regazo. La pequeña se sentó a mi lado y poco rato después apareció Diana con Peter para poner en la mecedora a Maire.

—Hola, ¿qué tal estás hoy, Maire? —le pregunté cuando se fueron Diana y Peter a seguir con sus quehaceres.

—Hola, Nessa —sonrió y estiró su mano para tocar la mía que sujetaba a Kevin —Hoy no es un buen día, me levanté muy mareada, con dolor en todo el cuerpo y siento que me voy apagando cada vez más.

—Lo siento, seguro que mañana será un día mejor.

—Bueno, nunca hay día bueno, solo diferente, pero creo que cada vez está más cerca mi momento —miraba a Kevin con tristeza y es que, ya casi ni lo podía mantener en sus brazos y por eso ya no lo cogía.

—¿Sabes? Soy de las que piensa, que, tras la vida, hay algo mucho mejor a pesar del miedo que le tenemos.

—A mí no me da miedo a morir dadas las circunstancias y lo que estoy sufriendo cada minuto de mi vida —se le humedecieron los ojos —A mí lo que me da miedo es qué será de ellos —miró a Kevin y luego a la pequeña Fiona que estaba jugando a unos metros con Don y Coll, los perritos.

—¿A qué te refieres?

—A dejarlos solos, aunque realmente llevan así desde que nació Kevin y yo caí enferma, pero, bueno, imagino que Diana y Peter estarán siempre ahí junto a Cillian. También me gustaría que te quedaras aquí mucho tiempo ayudando a Fiona, sé que eres para ella esa amiga y guía que necesita.

—Gracias —sonreí con tristeza —No van a estar desatendidos, no te preocupes por eso.

—Es duro entrar en un hospital con la ilusión de ver la cara de tu hijo y regresar con un miembro más de la familia que has creado con tanto amor, y, que, de repente, la vida te golpee de esta manera, pero bueno, me tocó. Por cierto, ¿qué tal la hamburguesa? Me dijo Diana que fuisteis a comer a la taberna, a Fiona le encanta ese lugar.

—Sí, estaba riquísima. La taberna un poco maloliente, pero merecía la pena la comida.

—Antes de pasarme esto, solíamos ir todos los viernes —sonrió recordando—. Luego dábamos una vuelta por la ciudad y aprovechábamos para hacer alguna que otra compra.

—¿No has vuelto a salir?

—No, no estoy en condiciones ni para salir de la habitación.

—Entiendo.

—Esa habitación es un hospital para mí, allí lo hago todo. Es grande, inclusive pusieron una cama a parte para Cillian ya que dormir conmigo era imposible por lo que se mueve y para mí un roce, a veces, es como si me dieran un puñetazo.

—Ojalá existiera algo que calmase lo que estás soportando.

—Bueno, seguro que en un futuro y, dado que hoy en día comienzan a investigarlo todo, seguro que conseguirán dar con la tecla, pero, para entonces, yo ya llevaré mucho tiempo descansando en paz.

Aquellas palabras me dolía escucharlas y, más de ella, una persona que se la veía de lo más buena y bondadosa. Su único fin era que su familia siguiera adelante cuando ella tuviera que abandonarlos. Como ella decía, en cierto modo, ya los abandonó hacía unos meses cuando sucedió todo y dejó de ser ella.

Estuvimos una hora charlando. Hablar con ella era toda una lección de vida. Daba mucha tristeza ver como en cierto modo se iba despidiendo de todos y es que, en cualquier momento, podía llegar el desenlace.

Capítulo 5



Julio 1980

Tres semanas llevaba en aquella casa y me habían acogido todos con tanto cariño, que ya la sentía como mi propio hogar.

Esa mañana llegó el cartero y para mi felicidad, traía una carta de mi padre, la primera que recibía de él.

Me senté en el porche con un café y la abrí de lo más emocionada.

“Querida hija.

Tu carta me llegó hace apenas dos días, ocho después de que me la enviases, así que espero que esta no tarde mucho en llegarte.

Aquí todo sigue igual. Estoy bien, echándote mucho de menos, pero comprendiendo lo necesario que es para ti ahorrar un dinero que yo no te puedo dar. Ojalá tuviera para hacerlo.

En la fábrica me han propuesto ya la jubilación y en unos días la tendré lista. La verdad es que ya me siento cansado pese a mi edad, pero la vida parece que me colgó un saco de patatas para que llevara todo el peso encima de todo lo sucedido.

Mis sesenta años parece que son ochenta, pero siempre con el corazón vivo, ese que estará para ti, jamás lo dudes.

Espero que el bebé que estás cuidando no te avive el dolor por todo lo que pasaste, bueno, pasamos, para mí eso me dejó una marca muy grande como la de tu madre y deseo con todo mi corazón que un día podamos ganar la batalla y que no sea demasiado tarde.

Dale mucho amor a la mamá de los niños, debe ser muy duro saber que vas a perder una familia. Me pongo en su lugar y se me pone la piel erizada.

Te amo mucho, hija, con todo mi corazón y mi alma. Eres todo lo de valor que tengo en esa vida. Cuídate mucho.

Te quiere, tu papá”

—¿Estás bien? —me preguntó Cillian al verme llorando. No me esperaba que apareciera por ahí.

—Sí, solo que me emocioné al tener noticias de mi padre.

—¿Todo bien por Dublín?

—Sí, dentro de lo que cabe.

—¿Me acompañas a preparar la consulta?

—Vale.

—Yo me quedo aquí papá —dijo la pequeña que había acabado de aparecer y lo escuchó pedirme eso.

—Vale, ayuda a Diana con el bebé.

—Claro, papá —dijo acercándose a mí y dándome un beso en la mejilla ya que seguía sentada. Era evidente que me había visto triste.

Aún faltaba una hora para abrir la clínica, así que nos pusimos manos a la obra con la consulta para dejarla bien organizada y es que, con tanto ajetreo que se traía a diario, iba cogiendo las cosas con prisas y quedaban todas desordenadas.

—¿Por qué aceptaste el venirte interna aquí?

—Me hace falta el dinero.

—Pero tu papá trabaja.

—Sí, pero solo nos da para vivir, no para otra cosa costosa que necesito.

—¿Y allí no tenías trabajo?

—Sí, me ofrecieron trabajar por horas en alguna casa, pero así tardaría una eternidad en reunir lo que necesito.

—¿Te puedo preguntar para qué necesitas reunir ese dinero?

Esa pregunta hizo que me desvaneciera por completo.

—Me pasó algo hace tres años —las lágrimas comenzaron a brotar por mis mejillas, se acercó de inmediato a mí y mientras me acariciaba iba secando mis lágrimas.

—Puedes confiar en mí, Nessa.

—Me violaron... —rompí a llorar y es que, siempre tenía un nudo en la garganta, no podía evitarlo, y, menos, ahora, que se lo había confesado.

—¿Sabes quién lo hizo?

—Claro. Lo peor de todo es que, por la violación, me quedé embarazada y cuando nació mi bebé hace dos años, ese malnacido me lo arrebató.

—¿¿Te han quitado un hijo???

—Sí. Ese hombre es un alto cargo de la policía de Dublín y no me dejaron ni denunciarlo —lloraba recordando todos esos duros momentos—. Cuando nació mi bebé me la quitaron directamente en el hospital con una orden judicial que había interpuesto contra mí por abandono de hogar.

—¿Abandono de hogar? ¿Viviste con él?

—No, solo fue un día que fui a trabajar a su casa por horas, allí abusó de mí pese a que por todos los medios intenté librarme, solo hizo que me maltratase más durante ese acto. No regresé jamás, pero él supo lo de mi embarazo y ahí comenzó aún más nuestra pesadilla. Tuve que evitar que mi padre lo matase, porque lo pensaba hacer por lo que me había hecho.

—¿Y no has acudido a la justicia?

—Sí, pero necesito dinero para tener a los mejores abogados. Él tiene mucha influencia en Dublín y lo tengo muy difícil todo.

Vi como sus ojos estaban llorosos y su cara desencajada.

—Quiero todos los datos, pero todo lo que tengas. Te voy a ayudar con esto Nessa.

—No, solo necesito trabajar y reunirlo.

—¿Y vas a tardar un año y luego lo que dure el proceso? No, no lo voy a permitir. Te lo iré descontando de tu salario, una parte cada mes, pero deja que un íntimo amigo mío, que es uno de los mejores abogados de Cork, se encargue de este caso.

—No tendré vida para agradecértelo.

—Ni yo a ti la ayuda tan grande que estás siendo para Fiona. Desde que llegaste, ella parece otra, se la ve más sonriente y feliz.

Me abrazó y rompí a llorar todavía más, aunque por todos los medios intenté reprimirlas y es que, me daba mucha vergüenza que Cillian me viese así, bastante tenía él con lo suyo.

Me juró en ese abrazo que no iba a parar hasta conseguir que mi bebé, mi dulce niña, regresara a mis brazos.

Ese día fue muy intenso para mí. Después de contarle mi secreto y de acabar de ayudarlo dejando impecable la consulta, me fui a jugar con la pequeña Fiona y pusimos a Kevin a nuestro lado. Había que aprovechar lo soleado que estaba el día.

A la hora de la comida, Cillian estaba en todo momento sonriéndome, pero se le notaba triste, como si le hubiese afectado mucho lo que le había contado y, me daba pena, en cierto modo demasiado tenía que aguantar con la que le estaba cayendo encima con la enfermedad de su mujer y ver como la perdía lentamente sin poder hacer nada.

Cuando terminamos de comer me apartó un momento.

—Ya hablé con mi amigo abogado y le expliqué tu situación. Nos va a recibir en una hora en su despacho para que le firmes la autorización del procedimiento que va a emprender y se pondrá rápidamente manos a la obra.

Rompí a llorar emocionada por ese gesto que había tenido tan bonito conmigo. Me abrazó y besó la mejilla diciéndome que todo iba a salir bien.

—Pero tienes que trabajar.

—Pude posponer algunas citas.

—No quiero irrumpir así en vuestras vidas.

—Nessa, prepárate que nos vamos.

—Vale.

Una palabra suya bastaba para obedecerlo...

Durante el trayecto íbamos escuchando a U2, ese grupo que tanto le gustaba y, además, me miraba y me hacía algún que otro guiño mientras cantaba. Intentaba tranquilizarme y yo lo único que conseguía era ponerme de lo más ruborizada.

Nos recibió en su despacho el abogado, me lo presentó diciéndome que se llamaba Andrew. Se veía que llevaba muchos casos por el volumen de expedientes que tenía sobre la mesa y los títulos colgados en las paredes.

—He aprovechado este rato para hablar con compañeros de Dublín y pedirles información sobre el sujeto. Carles ahora es inspector de la policía.

—Sí, tuve noticias de eso —murmuré avergonzada.

—Es un tipo conflictivo, se le han interpuesto varias denuncias que nunca llegaron a nada. Tiene mucha influencia, pero a la vez, tiene a muchos abogados dispuestos a ir a por él y que, según me dijo mi contacto, con esto añadido, podríamos intentar llevarlo ante la justicia por varias causas. Obvio, que vamos a pedir que sean competentes las de Cork, para que su

influencia no sea ejercida en el proceso. Podemos aprovechar que ahora mismo trabajas aquí y te puedes acoger a tu derecho de hacer competente a estas autoridades. Evidentemente, estas cosas tienen un proceso y son tediosas por todos los hilos que hay que ir hilvanando.

—No hay tiempo que perder —dijo Cillian de forma rotunda.

Le rellené la autorización para que pudiese encargarse del caso. Hizo copia de mi documento y quedó en que nos mantendría al tanto de todo pero que, en principio, entre presentar el caso y montarlo, iba a transcurrir un tiempo.

Nos fuimos después de contarle todo y darle datos.

—Gracias, Cillian, no me merezco tanta ayuda.

—Te mereces toda la ayuda del mundo, y, para nosotros, tu sufrimiento es el nuestro —acarició mi mano en un gesto afectivo para tranquilizarme.

Capítulo 6



Julio 1980

Al día siguiente de la visita al despacho del señor Andrew, me levanté más temprano de lo habitual para escribirle una carta a mi padre y contarle las nuevas noticias que sabía que lo iban a emocionar mucho.

“Querido papá.

Te escribo esta carta entre lágrimas de la emoción por lo acontecido en el día de ayer.

En una conversación con el señor Cillian, me sinceré y le conté el episodio de lo de mi bebé. Su respuesta fue clara y concisa; estaba dispuesto a ayudarme y no tardó en entablar conversación con un buen amigo y cliente de la clínica que tiene un bufete de abogados.

El señor Andrew, que así se llama el letrado, hizo varias llamadas esa misma mañana y consiguió datos que pueden ser de gran ayuda para este caso debido a que tiene muchas denuncias por varios motivos y ninguna llegó a nada por su influencia.

Se va a llevar el caso ante los tribunales de Cork para que puedan así estudiarlo sin presión por parte de Carles.

Cillian me transmitió que no me preocupase por nada de los pagos que se encargaría él y que me descontaría todos los meses una parte de mi salario, aunque si me quita poco, le daré más ya que aquí necesito poco, por no decir casi nada.

Me encuentro esperanzada, y, aunque estos procesos son tardíos, estoy completamente convencida de que al menos, esta vez, un juez me escuchará. Al menos eso.

La señora Maire está cada vez más frágil y cansada, me rompe el corazón verla así e intento cada día hablarle un poco de la esperanza de que le espera algo mejor, que, desde allí, estoy segura de que podrá seguir disfrutando de su familia en la distancia. Me duele mucho ver como se apaga.

Los niños son dos amores que me tienen completamente enamorada, mi pequeña debe ser una princesita, me acuerdo mucho de ella, no hay un solo momento que se vaya de mi mente. Ojalá un día la pueda abrazar y decirle cuánto la quiere su madre.

Me alegra mucho lo de tu jubilación, te mereces ya descansar, trabajaste demasiado en la vida.

Espero que encontremos el modo de vernos, aunque sea un ratito pronto. Tengo muchas ganas de abrazarte.

Te necesito siempre en mi vida, papá.

Te quiero”

La pequeña entró en mi cuarto y la senté en mi falda mientras se echaba en mi pecho buscando ese cariño que todas las mañanas le daba.

Fuimos a la cocina y Diana me dio al bebé que lo acababa de cambiar.

—Le preparo el desayuno.

—Claro —sonreí.

Peter apareció por la cocina y le pedí el favor de que llevase mi carta.

—Todo un honor para mí —la cogió y la puso al lado de sus cosas en un lado de la encimera.

—Gracias, Peter —lo miré sonriente.

En ese momento entró Cillian y después de darnos los buenos días con esa amable sonrisa cogió al pequeño Kevin que estaba en mis brazos y le dio el biberón.

—¿Qué le has escrito en la carta a tu papá? —preguntó Fiona.

—Pues que lo extraño mucho y que estoy muy contenta aquí con todos vosotros —respondí sonriendo por la ternura que esa niña me producía.

—¿Es mayor tu papá?

—No, tiene sesenta años, pero, trabajó mucho y se le ve cansado.

—¿Y por qué no se sienta?

Eso nos provocó una sonrisa, que tardó un rato en desaparecer y es que había que reconocer que la pequeña Fiona había estado ahí brillante.

Peter le dijo a la pequeña, que lo acompañara a la ciudad y así pasaban a comprar algunos caramelos. Le había dicho la palabra clave para que ella se pusiera a tocar las palmas de la emoción.

—Entonces me quedo con Nessa para que me ayude esta mañana a organizar la clínica, hoy tengo menos citas porque pasé algunas para mañana.

—Claro —murmuré sonriendo y observando esa imagen tan tierna de cómo le terminaba de dar el biberón a su bebé.

Después del desayuno, le di un beso a Fiona y seguí a su padre hasta la clínica.

—Hoy se levantó Maire un poco peor —murmuró con tristeza.

—Lo siento.

—Hemos llamado al médico y nos dijo que forma parte del proceso. Solo se le puede subir la dosis del medicamento para paliar un poco el dolor, pero poco más se puede hacer.

—Es injusto lo que está sufriendo.

—Sí, me crea mucha impotencia.

—Haces todo cuanto está en tus manos.

—Pero no es suficiente ¿Sabes? —se apoyó en la mesa de su consulta —, antes de pasarle esto a Maire, no estábamos bien, fue desde que se quedó embarazada de Kevin que comenzó a cambiar y estaba todo el día enojada y de mal humor. Yo hacía todo lo posible por sorprenderla, hacer cosas que le pudieran sacar una sonrisa y me esforcé cada día por recuperar a la mujer que antes era, esa que me miraba y desprendía una luz especial, pero no lo conseguía y eso me desesperaba, me hundía. Imagina que cuando dio a luz y salió mal de ese parto, como cambió todo...

—¿Fue a mejor entre ustedes?

—No —sonrió con tristeza e inclusive indignación —Fue a peor, me trata con mucho desprecio e indiferencia.

—Pues me habla muy bien de ti.

—Sí, delante de todos hace un papel y, por detrás, va a por mí como si fuera la causa de todas sus desdichas.

—No lo entiendo.

—Y no es mala, Maire es buena, pero pienso que esto le venía de antes, que algo le ocurrió, y, que nunca se ha atrevido a contarme, lo que le hizo cambiar por completo. No sé, intento darle una explicación a todo y no puedo —se le saltaron las ganas.

—¿Te puedo abrazar? —le pregunté con tristeza, y, sin dudarlo, abrió sus brazos y me pegó a él en un fuerte abrazo rompiendo a llorar.

—Siento mucho lo que os está pasando, se os ve una familia buena.

—Lo somos —decía sin soltarme —pero nos está golpeando bien fuerte y a mí, a veces, me da la sensación de que me va a llevar a la locura.

—No digas eso Cillian —me separé un poco y le cogí sus manos —mira todas las desdichas que están pasando por mi vida, pero, siempre hay un motivo por el que luchar, y, por eso, debemos estar cuerdos y fríos en muchos momentos por mucho que nos vengamos abajo.

—¿Te puedo pedir algo?

—Siempre.

—Sé que hablas mucho con ella cuando está fuera. Me gustaría que pudieras sacarle con tacto lo mío, a ver si te cuenta lo que le pasa o te da una pista de algo. No me gustaría perderla sin saber que pasó o qué hice mal —decía entre lágrimas.

—Lo intentaré, pero, ni siquiera me contó que estáis mal, todo lo contrario, por eso me cuesta pensar que llegue a sincerarse conmigo hasta tal punto.

—Inténtalo, por favor, con eso me basta.

—No lo dudes —le toqué el brazo con afecto.

Y volvimos a abrazarnos unos segundos en los que imperó el silencio.

Después de la confesión y esas lágrimas que nos cayeron en ese momento, comenzamos a poner todo en orden mientras escuchábamos a U2, ese grupo que me perseguía a su lado constantemente.

No dejaba de darle vueltas a la cabeza con esa conducta de Maire hacia Cillian, su marido, y ese cambio repentino de actitud durante el embarazo de Kevin. No estaba muy convencida de que, a mí, precisamente, me fuera a contar nada, para eso tenía, por ejemplo, a Diana, pero bueno, tal y como le había prometido, intentaría ver de qué forma podía sacarle algo respecto al tema.

Por otro lado, me imaginaba que quizás a ella se le acabó el amor, y al saber que estaba embarazada de nuevo, le sentó tan mal que comenzó a pagarlo todo con Cillian, pero ¿hasta el punto de echarle en cara que la enfermedad era por su culpa?

Algo no me cuadraba, para ser sincera, por un lado, pensaba que era una cosa y por otro, que podía haber un trasfondo gordo en todo eso.

—Bueno, hemos hecho toda una obra de arte con la clínica —dijo cuando terminamos y me echó la mano por el hombro y besó mi mejilla.

—La hemos dejado muy bien —sonreí ruborizada, y, aunque sabía que lo hacía desde el afecto que me había cogido, a mí Cillian me imponía mucho cuando tenía esas muestras de cariño.

—Pues ahora toca comer —acarició mi espalda.

—Sí —sonreí y salimos de allí para dirigirnos a la casa.

Capítulo 7



Agosto 1980

Un mes y medio llevaba viviendo con la familia Warren.

Había pasado volando y me sentía como una más de ellos, además, ayudaba mucho a Cillian con los quehaceres de la clínica y hasta Fiona se venía con nosotros más de una vez, y, otras, se quedaba jugando por la casa.

Me senté en el porche ya que iban a traer a Maire, cada vez le costaba más hablar y estaba como si le hubieran echado encima veinte años, me daba mucha pena. No había soltado prenda de nada, pero sí, cada vez me iba contando más de su vida, de cómo conoció a Cillian y luego decidieron venir a esta finca de los padres de él.

Cuando la vi aparecer, se me vino el mundo abajo, parecía otra, de un día a otro el cambio había sido más abrumador.

—Maire ¿Cómo estás? —pregunté acariciando su mano.

—Siento que ya está aquí mi momento —murmuró mirándome de forma muy diferente a los demás días.

—Pero sabes que así por fin podrás descansar... —intenté calmarla ante tal sufrimiento.

—Tengo que contarte algo, eres la única con quien puedo sincerarme — murmuró bajito, y me dejó pensando si se trataría de lo que Cillian necesitaba saber.

—Puedes confiar en mí.

—Después de todo lo que he pasado, me dio tiempo a pensar mucho y no me puedo ir con el secreto a la tumba de la verdad de lo que sucede aquí.

—No sé de qué me hablas.

—Tienes que prometerme que hasta que yo no me vaya, no harás lo que te pida.

—Te lo prometo —lo dije de verdad, con el corazón en la mano.

—Esto no lo sabe absolutamente nadie.

—Vale —mi voz sonó temblorosa y es que, no sabía si iba a estar preparada para lo que iba a escuchar.

—Unos meses antes de nacer Kevin, tuve una aventura con Peter —casi me da algo cuando escuché eso.

—¿Peter? ¿El marido de Diana?

—Sí, baja la voz, por favor.

—Perdón —me disculpé aún en shock por lo que me había dicho.

—Nació Kevin producto de ese romance, lo supe en cuanto averigüé que estaba embarazada y más tarde lo corroboré porque conseguí de manera discreta una prueba de paternidad en unos laboratorios donde mandé la

saliva de Peter, esa que conseguí a través de un favor que pedí. Antes teníamos a Louise, una chica que ayudaba con el cuidado de Fiona, ella me ayudó en todo. Luego se fue a Irlanda del Norte para casarse con su amado. El documento está en la caja fuerte blanca que tengo en mi cómoda, ahí dice que coincide sin lugar a error. Quiero que cuando yo me vaya, seas tú la que le cuentes a Cillian todo. Él sabe que me pasa algo desde hace mucho tiempo. La vergüenza y la rabia por mi metedura de pata, mi falta de lealtad y mi mala conducta, hizo que lo pagara con él, pero la verdad es que no se merecía lo que le hice. Esto no pueden saberlo ni Peter ni Diana, a no ser que, sea el propio Cillian quien decida que así sea.

—Creo que me estoy mareando.

—Por favor, escúchame. Cuando me muera quiero que cojas la llave que hay en la primera chaqueta negra de mi armario y te hagas con el documento. Luego le expliques todo a Cillian y se lo entregues. Dile que lo amé con todas mis fuerzas y me voy haciéndolo con mucho más amor del que pueda imaginar, a pesar de haber cometido esa lamentable infidelidad durante un tiempo. Luego me di cuenta de que era a mi marido al que realmente amaba, ese al que en cierto modo le había arruinado la vida familiar. Por todo lo de mi enfermedad, no he podido ser yo la que se lo explicara, no he tenido ni las fuerzas ni la valentía. Por favor, prométeme que guardarás silencio y que lo harás tal y como te pedí.

—Te lo prometo —dije secándome las lágrimas que me brotaban intentando digerir todo eso que me había contado.

Fiona vino a saludarnos y a darle un beso a su hermanito, ese que estaba en el cochecito entre su madre y yo.

Cambiamos de tema, pero Maire pidió que se la llevaran ya que se sentía muy mal.

Me había quedado en shock por completo y me tuve que ir al baño a llorar para sacar todo lo que había dentro de mí.

¿Cómo le pudo hacer eso a Cillian? ¿Cómo pudo Peter serle desleal a Diana? Y lo peor de todo es, ¿Cómo le decía yo a ese padre que Kevin no era su hijo y que sí lo era de su hombre de confianza?

Esa tarde la pasé con mucha angustia y tras acostar a la pequeña me fui a la habitación. Quería tumbarme en la cama e intentar dormir rápido, además, durante la cena me sentí en todo momento mal, no sabía ni cómo actuar, tenía ante mis manos un secreto y lo peor de todo, que me costaba mirar a Peter con el mismo cariño de antes. Era un mentiroso, desagradecido y mal marido y, encima lo tenían con un respeto todos como si fuera alguien, cuando no era más que un traidor.

Era muy duro todo, demasiado. No se me iba de la cabeza el papel tan feo que le había quedado a Cillian, ese que quería saber la verdad y se iba a topar con una que le iba a hacer mucho daño. Y luego estaba Kevin, esa criatura que no tenía la culpa de nada y tenía un papel crucial en todo esto.

¿Cómo le iba a soltar todo esto a Cillian? Sabía que le iba a hacer muchísimo daño. ¿Cómo se suponía que iba a guardar un secreto de tal calibre hasta que llegase el momento de contarlo? Y lo peor, que, aunque Peter fuera un capullo sin corazón, era el padre de la criatura y aquí había habido algo consensuado por ambos, tanto por él como por Maire que vivieron una historia sin pensar en los daños colaterales. Los dos eran igual de traidores, pero, aun así, Peter tenía derecho a saber que era padre. Todo era una locura.

Solo quería dormir y salir de esa pesadilla, que, añadida a las que ya tenía en mi vida, se me hacía todo de lo más insoportable.

Capítulo 8



Agosto 1980

Me levanté con una angustia increíble, había dormido mal, como cuando me arrebataron a mi bebé.

Bajé cabizbaja y no vomité de milagro al ver a Peter, al que saludé con desgana, pero no tenía más remedio que saludarlo, debía disimular.

Diana me vio la cara y se preocupó.

—Estás muy pálida, siéntate.

—¿Qué te pasa? —escuché la voz de Cillian al aparecer por la puerta.

—Hola, tranquilo, solo estoy un poco agotada, he pasado mala noche.

—¿Por qué no avisaste?

—Bueno, tampoco era para tanto.

—Ahora vienes conmigo a la clínica cuando desayunes.

—Vale.

—Tranquila que no te voy a poner a trabajar —sonrió y acarició mi pelo y vi como Diana me miraba preocupada.

—Puedo ayudarte.

—Primero quiero tomarte la tensión.

—Estoy bien, de verdad.

—Tu cara no dice eso —carraspeó.

—Hazle caso, Cillian sabe lo que dice y hace —salió en su defensa el traidor y más mal cuerpo me puso.

—Si no os importa, me voy a tomar el café fuera —murmuré cuando me lo puso Diana.

—Te acompaño —Cillian vino detrás.

No me senté en el porche, salí más hacia afuera con el café en la mano y es que me faltaba hasta el aire.

—Nessa, me tienes preocupado.

—No te preocupes, Cillian, de verdad, es solo que me encuentro un poco agotada psicológicamente.

—Ven —cogió mi mano y tiró de mi hacia la clínica.

Me quitó el café y lo puso sobre su mesa.

—De verdad, estoy bien.

—Se nota que no tienes un espejo delante, además, estás fría —vi cómo se disponía a poner un papel nuevo sobre la camilla que tenía para los animales —Ven, échate aquí.

—No, de verdad, además eres veterinario.

—Ven, anda —sonrió —He tenido que atender emergencias de personas. Evidentemente no puedo saber muchas patologías, pero, aunque no lo creas, el procedimiento de la persona y el animal es muy similar.

—De verdad... —me quejé levantándome.

—¿No te fías de mí? —sonrió tomando mi mano y ayudándome a tumbarme bocarriba.

—No es eso —sonreí mientras ponía los ojos en blanco.

Puso una especie de almohada debajo de mis tobillos para que tuviese las piernas en alto. Me tomó la presión.

—La tienes baja...

—Me suele pasar de vez en cuando.

—No te muevas de aquí y respira e inspira, no tardo.

Salió de allí y regresó pronto con un té azucarado.

—Ya me voy sintiendo mejor.

—Pero esto tómalo tranquilamente, el azúcar te vendrá bien.

—Me voy a la silla mejor.

—Bueno, pero con cuidado —me ayudó a incorporarme.

Abrí los ojos y de nuevo estaba en esa camilla.

—¿Qué pasó? —pregunté aturdida.

—Te desplomaste. Eres muy testaruda, debiste quedarte más tiempo en la camilla. No debí haber sido tan permisivo —me miró las pupilas preocupado.

—Lo siento.

—No pasa nada, pero no estás bien, te veo demasiado débil.

Fiona apareció en ese momento y se vino a darme un beso. Esa mañana se había levantado más tarde.

—¿Estás malita, Nessa?

—Solo es un mal día, no te preocupes —la abracé desde la camilla.

—Te había traído un caramelo de los que me compró Peter en la ciudad.

—Gracias, cariño, me viene genial —me incorporé un poco y me lo metí en la boca. Cillian me miraba con preocupación.

—Tengo que ir a la otra consulta a atender una cita, no os mováis de aquí.

—Vale, papi, yo la cuido.

—Eso es y si ves que se maree, vas a buscarme.

—Sí, iré corriendo.

—Eso es —asintió con su cabeza mirándome.

Se marchó y me quedé sentada sobre aquella camilla. Me sentía frágil, eso me pasaba cuando el cansancio mental me acechaba como había pasado ahora, que no tenía bastante ya con lo mío, que me encontré con un secreto de tal envergadura y encima tenía que ser yo la que se lo contase a Cillian llegado el momento.

—Fiona, necesito que me dé el aire ¿Nos vamos a la puerta y nos sentamos en el banco?

—Espera, voy a decírselo a mi padre.

—No hace falta.

—Sí, que me puso de vigilante —salió corriendo a la consulta de al lado.

Ni tiempo me dio a frenarla, menos mal que ella sabía cómo tocar la puerta, el padre se asomaría y ella se lo diría.

Volvió corriendo como si se le fuera la vida en ello.

—Dice que sí, pero que vayamos a paso de tortuga.

—Veterinario tenía que ser —murmuré y le hice sacar una carcajada que hasta se puso la mano en la boca.

Salimos y Peter apareció con dos refrescos ya que sabía cómo estaba.

—Mirad lo que os traje —enseñó los dos vasos de Coca Cola.

—¿Dónde estaba escondida? —le preguntó la pequeña sin dudarlo causándole una sonrisa al traidor.

—Si te lo digo, en dos horas te da un dolor de barriga —le dio el vaso y un beso en la mejilla.

—Es mi bebida favorita, más que el agua.

—Eso lo sé, por eso hay que tenerla a buen recaudo. Mira que os traje —sacó un par de caramelos de fresa para cada una.

—Gracias, Peter —sonreí falsamente. Desde la confesión de Maire le había cogido un rencor increíble a ese hombre.

Se quedó un poco ahí con nosotras, charlando con Fiona mientras los perros revoloteaban a nuestro alrededor jugando con un palo que se quitaban el uno al otro.

Me moría de la pena, esa era la sensación que tenía. Necesitaba un abrazo de esos que me daba mi padre y me recargaban de energía.

Cuando me noté mejor entré a esperar a que saliese Cillian de la consulta de atender y le dije que me iba a por el niño, que me apetecía darle a él y a Fiona una vuelta por allí.

—Perfecto, tienes mejor cara —acarició mi mejilla y me besó la frente. Me quedé como paralizada.

Luego cogió a Fiona y le dio un beso en la mejilla y le dijo que la quería muchísimo.

Nos fuimos de allí a por el pequeño que estaba en el carricoche y le dije a Diana que volveríamos para comer.

—¿Pero os vais muy lejos?

—No, vamos a dar una vuelta por la finca.

—Ya, pero la finca sabes que termina casi en el río.

—No saldremos de la finca, iremos por dentro.

—Vale, tened cuidado.

Justo frente a la casa a poco más de ciento veinte metros estaba la clínica, y, justo a un lado había un carril dentro de la finca que llevaba a otra explanada de las tierras de los Warren que llegaba hasta ese río que siempre vi a lo lejos, y nunca había ido pero esta vez, iba a llegar hasta él.

—Mi mamá hoy no va a salir de la habitación, está más malita —decía la pequeña, andando agarrada a un lado del carrito que yo llevaba.

—Necesita descansar.

—Siempre está descansando, pero es porque está malita.

—Claro.

—La están esperando en el cielo —murmuró mirando al suelo mientras andaba y a mí se me encogió el corazón.

—A todos nos están esperando, solo que a ella le está llegando la hora, pero, no sé si lo sabes, desde allí estará viendo cómo vas creciendo.

Se hizo un silencio que duró todo el camino hasta el río donde nos sentamos un rato y la pequeña se recostó poniendo su cabeza en mi falda.

—Nessa, ¿sabes que estoy muy feliz de que estés aquí con nosotros?

—Lo sé, preciosa, yo también estoy muy feliz.

—Te quiero muchísimo —dijo con ímpetu y levantando las manos hacia el cielo.

—Y yo a ti más.

Me la comía, la verdad es que me la comía.

Un rato después apareció Cillian por allí, no me lo esperaba, fue la pequeña que me dijo que su padre venía hacia nosotros a lo lejos.

—No debiste venir hasta aquí en las condiciones que estabas —me dijo, pero en tono bajo y sin perder la sonrisa.

—Cillian, estoy bien, me pasó más veces, solo era cuestión de un rato y, además, este paseo y entorno, me hizo mucho bien.

—Ya no tengo citas hasta las cinco, pero vaya día, he tenido que ingresar a dos perros con un virus estomacal que los dejó por los suelos. Les tuve que poner el gotero y hasta sedar un poco.

—¿Y van a vivir?

—Eso espero, cariño —dijo acariciando la cara de su hija — Haré todo lo posible para que así sea.

Regresamos a la casa un rato después. Cillian llevaba al pequeño en sus brazos y Fiona llevaba el carro.

Verlo con ese niño fruto de un engaño me partía en mil pedazos. Era obvio que yo a Kevin lo quería fuese de quién fuese, pero él, tenía un problema bien grande al no saber la verdad y estar alimentándose de algo que le pertenecía decidir si sí o si no, pero no le habían dado alternativa.

No quería ni imaginar el día que se enterase de la verdad.

Capítulo 9



Agosto 1980

Era el último día del mes y dormía cuando escuché mi puerta.

—Nessa, aquí te traigo a Kevin —lo puso a un lado de mi cama.

—¿Qué hora es?

—Las cinco de la mañana. Está aquí el doctor, ya han sedado a Maire para que se marche sin dolor. Será cuestión de horas.

—Diana, me voy a levantar por si hace falta algo, me llevo al pequeño al salón.

—Vale, pero échate en el sofá, aún no sabemos lo que tardará.

—Tranquila.

El pequeño dormía en el dormitorio de su hermana siempre y, con ellos, se quedaba alguna noche Diana, otras yo y de vez en cuando Cillian. Se hacía por Fiona para que no se sintiera sola en estos momentos tan tristes que se estaban viviendo en esa casa a causa de la enfermedad de su mamá.

Fui a la cocina y preparé café para quienes quisieran. Lo dispuse todo en una bandeja y se la di a Peter para que la llevara a la habitación donde estaban todos con Maire y el doctor.

Cillian apareció por la cocina con los ojos llenos de dolor y un café en la mano, de los que llevó Peter.

—Buenos días —murmuré con tristeza.

—Buenos días, Nessa —me echó la mano por el hombro y besó mi sien.

—Siento mucho todo.

—Ya es hora de que parta. Necesita descansar y los que estamos alrededor también. Eso no es vida.

—Entiendo.

—Se va dejándome la sensación de que fui la peor persona del mundo. Ni me dejó darle un beso antes de sedarla.

—No, no eres mala persona, Cillian, no digas eso —le acaricié la espalda y se le comenzaron a caer los lagrimones.

—Siempre me consideré un buen hombre, pero todo lo sucedido con ella me hace pensar que estuve lejos de serlo, aunque no encuentro el motivo que haya podido causarle tanto daño, para que me odie de esa manera.

—Eres un buen hombre, Cillian, un gran padre, una gran persona, eres admirable, de verdad. Dame un abrazo —le pedí para que se sintiera mejor.

—Tengo mucho dolor, Nessa, no nos merecíamos acabar de esta manera. Se va la mujer que cuidé con todas mis fuerzas y lo hace sin despedirse —decía abrazándome fuerte.

—Cillian tienes que ser fuerte. Cuando todo esto pase, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Ella me dejó un mensaje para ti, pero le prometí no decirte nada hasta que ella partiera.

—No puedo esperar, dímelo ahora.

—Déjame que cumpla mi promesa, por favor.

En ese momento entró Peter por la cocina y con la cara lo dijo todo. Maire había partido ya.

Cillian me miró y asintiendo se fue para la habitación con ellos.

Diana apareció por la cocina sollozando y a mí me daban ganas de gritar que no lo hiciera, que ella también estaba dentro de un engaño, pero no era momento para liar nada.

Fiona apareció por la cocina a las ocho y se sentó en mi falda.

—Mamá se fue ya —le murmuré abrazándola —Ya está descansando.

—¿Y papá está llorando?

—Esta triste, como todos.

—No quiero que papá lo pase mal, es el mejor padre del mundo —se le saltaron las lágrimas.

—Lo sé, cariño. Nosotras vamos a conseguir que todo sea más llevadero.

—No quiero que te vayas y nos dejes.

—Por ahora, me quedo con vosotros, cariño.

—Para siempre.

—Bueno, eso de para siempre... —carraspeé mirándola y sacándole una sonrisilla.

—Yo quiero que vivamos aquí todos juntos, menos Peter —murmuró a mi oído.

—Fiona, ¿por qué dices eso? —una alarma se encendió en mí.

—Es malo con Diana cuando nadie los ve, yo le escuché la otra noche decirle que es una cosa que no puedo decir —Diana dormía a veces en el cuarto de la pequeña, y, además, sus habitaciones estaban pared con pared, así que se podía enterar de cosas.

—Dímela, nadie lo va a saber.

—Una mujer de la vida que si no fuera por él estaría en una taberna a la merced de los hombres.

—¿Eso le dijo a Diana?

—Sí, y que se la comiese y callase. No sé qué tenía que comer, pero la obliga a comer algo. Ella llora mucho cuando nadie la escucha y creo que es por culpa de Peter.

—Escúchame, cariño. Todo se va a arreglar ¿vale? Vamos a pasar el día de hoy que hay que despedirse de mamá y te prometo, que no vas a escuchar más cosas.

—Yo quiero a Diana mucho.

—Lo sé, mi niña —le acaricié la espalda y la pegué a mi pecho.

Lo que más me jodía es ver a Peter intentando calmar a Cillian, eso me dolía en el alma.

Fue un día triste en el que no me separé ni de Fiona ni de Kevin, y, ahora me quedaba lo más difícil, hablar con Cillian para contarle toda la verdad y que él determinara qué quería hacer, pero eso sería después del funeral.

Capítulo 10



Agosto 1980

A las seis de la tarde salimos de la casa con dirección a Cork, hacia la iglesia de Santa Ana que era dónde se haría la misa y posteriormente al cementerio que sería donde descansarían sus restos.

Fui en la camioneta con Cillian y los pequeños, Diana y su marido, el traidor, iban detrás en otra.

Aquello estaba lleno de amigos de la familia y clientes de la clínica que los apreciaban mucho.

El llanto silencioso de Cillian mientras todos iban a abrazarlo, era desgarrador. Odiaba ver a Peter tocándole el hombro como si nada hubiera sucedido.

Fiona no se separó ni un momento de mi lado, estuvo todo el tiempo junto a mí y su hermano, ese que no soltaba por nada del mundo.

Todo eso duró como dos horas en las que cada vez sentía más angustia por lo que pasaba allí, y, no solo era el hecho de que ya nos despedíamos de Maire, no, era el hecho de que se llevaba un secreto del cuál yo era partícipe y tenía que transmitirle a Cillian ¿Cómo hacer eso ante un hombre que estaba de lo más derruido en esos momentos?

Pero lo tenía que hacer, él debía decidir si perdonar a Peter o no, si aceptar a Kevin o ponerlo en conocimiento del traidor. Todo era muy fuerte para mí que tenía el dolor de no poder tener a mi lado a mi hija, esa que perdí injustamente después de ser violada de la forma más asquerosa y dolorosa.

Cuando todo terminó, nos fuimos a la casa y preparé a los niños para acostarlos después de cenar. Diana se fue a la habitación con ellos a dormir y Peter a la suya ya que decía que arrastraba un dolor de cabeza increíble.

Cillian estaba en el porche cuando salí asegurándome que todos estaban ya en sus habitaciones.

Sonrió con tristeza al verme y estiró sus manos desde aquella silla para que lo abrazase. Me agache y me sentó en sus piernas y comenzó a llorar desconsoladamente.

—Creo que no me merecía una despedida así —murmuraba lleno de dolor.

—No, pero es hora de que sepas aquello que me encargaste y que ella me pidió que no contase hasta su partida.

—Dime que no hice nada que no pueda perdonarme —lloraba sin soltarme.

—¿Podemos ir a la clínica?

—Sí —me miró intrigado.

—Por favor —me levanté y nos fuimos andando hacia allí.

Cuando entramos, cerré la puerta y lo guie hasta una sala que, si alguien venía, no podría escucharnos ya que estábamos apartados de la puerta principal que estaba cerrada y es que necesitaba hablar muy tranquila con él.

—Me estás asustando —murmuró sentándose en el borde de la mesa y cogiendo mis manos.

—Cillian, esto que te voy a decir es mucho más duro de lo que imaginas.

—Quiero saberlo, ya veré luego cómo me lo tomo, pero quiero escuchar todo lo que te dijo.

—Maire antes de quedar embarazada hizo algo que cambió el rumbo de vuestras vidas.

—No entiendo.

—Tuvo un desliz con otra persona.

—Pero si ella no salía de aquí y siempre estaba con nosotros.

—No le hizo falta salir, fue con Peter.

—¿Cómo? —su pregunta sonó a que ni de broma lo aceptaba.

—Escúchame, por favor.

—Sigue —soltó mis manos y se cruzó de brazos.

—Quedó embarazada de Kevin y, aunque creía saber quién era el padre, no estaba segura del todo, por lo que, con la ayuda de Louise, la anterior chica que teníais aquí mandó la saliva de Peter junto con la del niño a un laboratorio donde certificaron que, efectivamente, él era el padre y eso lo tiene guardado en una caja fuerte, me indicó donde está la llave. Por eso a partir de ese momento —rompió a llorar como un niño pequeño —no pudo ser la misma que antes contigo. Se arrepintió, me pidió que te dijese que lo sentía y que estaba arrepentida, que se dio cuenta que te amaba y que se iba

de este mundo haciéndolo con todo su corazón, pero que no podía permitirse el estar bien contigo y que la besaras cuando ella te había traicionado.

—No puede ser verdad —dio un puñetazo en la mesa y se levantó de golpe, poniéndose las manos en la cara y llorando desconsoladamente —Necesito que vayas a su habitación y me traigas esa caja fuerte.

—Vale, pero relájate por favor.

—Esto no me puede estar pasando a mí, esto no me puede estar pasando a mí —repetía una y otra vez entre lágrimas que salían con un llanto desgarrador.

Fui a la casa y entré sin hacer ruido al cuarto de Maire, allí cogí la llave que estaba dónde ella me había indicado, mientras observé todo lo que había montado para su comodidad. Ese lugar daba escalofríos. Cogí la caja fuerte y salí hacia la clínica.

Se la entregué con la llave y cuando la abrió, había un sobre con la letra de ella que ponía para Cillian.

Lo abrió y, efectivamente, se topó con aquel certificado y no solo eso, con una carta escueta y rápida.

“No sé por qué lo hice, solo sé que cuando me quedé embarazada me di cuenta de que era a ti a quién amaba. ¿Recuerdas el día en el bosque que te dije que no podría jamás decirte algo que te causara dolor? Espero que entiendas que después de ser yo la que te lo he provocado, haya sido incapaz de hacerlo. Puedes odiarme, estás en tu derecho. Ojalá, Kevin, corra la misma suerte que Fiona, a la que sé que no le faltará ni una pizca de amor por tu parte. No dudes que me voy amándote con todo mi corazón”

—¡Hijos de puta! Los dos, a los dos les di mi cariño de verdad. A Peter lo traté siempre como a un hermano y por ella me desviví hasta la saciedad

para que me lo pagaran de esta forma. Jamás me amó, eso que te dijo es mentira. Cuando amas a alguien, te puede gustar quién sea, pero no haces nada. Respetas a quién tienes al lado. Ninguno me respetó —decía llorando y apretando esa carta en sus manos.

—Relájate, por favor —le pedí agarrando sus brazos y se abrazó a mí desconsoladamente. Me partía el alma verlo así, no se lo merecía en absoluto.

—Diana no se merece eso, no se lo merece, se entregó a ese hombre como yo lo hice con Maire.

—Fiona escuchó cosas muy feas y me lo dijo esta mañana —le comenté todo.

—Valiente hijo de puta, valiente cerdo —soltó el aire y se puso a pensar — Ese sale de mi casa ahora mismo.

—Cillian, piensa en Fiona y en cómo lo vas a hacer.

—Por ella, es por la que me estoy aguantando de ir para allá y sacarlo a puñetazos.

—No, tú no eres como él.

—A Kevin no lo toca, a Kevin no, esto va a quedar en secreto para siempre.

—Él es el padre.

—¿Y por qué sufragué yo todo? ¿Por qué tuve que encariñarme con alguien que no me pertenecía? —volvió a llorar con más dolor y fuerza.

—Deberías ir a descansar y mañana pensar más en frío.

—Como me vaya y le empiece a dar vueltas a la cabeza, a ese hijo de puta me lo cargo.

—Por favor, piensa en Fiona y en Kevin, que no se vean despertándose en un conflicto que los pondrá nerviosos.

—Me voy a volver loco, Nessa, me voy a volver loco —volvió a abrazarme, y, a mí, se me removía todo.

—Cillian, todo pasa, lo único que tienes que pensar todo en frío. Ahora cualquier cosa puede causar un efecto que no te venga bien después.

—Lo único que sé, es que ese maldito cabrón descerebrado, sale de mi casa a primera hora de la mañana. Y Diana, que haga lo que quiera, ella se puede quedar o irse con él, esa será su decisión.

Capítulo 11



Septiembre 1980

No sé si había dormido una hora o dos, solo sé que, a mi lado, en mi cama, tenía a Cillian también despertándose.

De la clínica me acompañó a la habitación y me dijo que no le apetecía ir a la que un día compartió con su mujer y desde donde la cuidó. Le ofrecí quedarse en la mía y yo irme al sofá, pero me dijo que no, que podíamos compartirla o se iría él al salón. Preferí, dado en el estado en que se encontraba, que se quedara a mi lado. Podía serle de compañía en ese momento tan duro.

Me abrazó y se quedó dormido así. Sentía que, para él, era un pilar muy fuerte.

—Buenos días, Nessa, gracias por haber estado a mi lado —acarició mi hombro.

—Buenos días, Cillian. Siempre que me necesites, ahí estaré —murmuré con tristeza.

—Creo que me voy a dar una ducha, necesito cambiarme y que comience el circo.

—Por favor, piensa antes de actuar.

—Tranquila —besó mi mejilla y se levantó —Encárgate de los niños. Tenlos a tu lado.

—Vale —murmuré asintiendo con la cabeza.

Me daba pavor lo que se le podía pasar por esa cabeza. No quería por nada del mundo que hiciera algo de lo que más tarde se arrepintiese. No se merecía sufrir más de lo que lo estaba haciendo.

Salí hacia la habitación de Fiona y la vi allí dormidita, sola. Le di un beso y me fui a buscar al pequeño que estaba en la cocina, vi que Peter lo tenía entre sus brazos mientras esperaba que Diana le preparase el biberón.

—Buenos días —murmuré cuando entré —Qué guapo está hoy este hombrecito —disimulé para cogerlo y Peter me lo dio, a la vez que Diana me daba el biberón —Como tragas, campeón —dije cuando empezó a tomárselo —Creo que he oído a Fiona, ahora vuelvo —me fui con el bebé en los brazos hacia la habitación de la niña y esperé a que se despertara mientras le seguí dando el biberón a Kevin.

Sentí salir a Cillian del baño e ir hacia la cocina. Creo que sentí como la tensión se me bajaba solo de imaginar lo que iba a pasar.

Unos momentos después miré por la ventana y vi como salían de la casa hacia el garaje Peter y Cillian.

El pequeño se terminó el biberón y lo puse en el carrito junto a su hermana, que seguía durmiendo, y, volví a mirar por la ventana.

La cara de Cillian hablando con Peter y con las manos levantadas, imponía mucho. El traidor asentía agachando la cabeza y parecía como si estuviese llorando, pero no lo podía asegurar.

Peter levantaba una mano señalando a la casa y gritando, eso se notaba.

El corazón se me iba a salir del pecho, tenía una angustia increíble.

Fiona abrió los ojos y me miró sonriendo. Fui hacia ella y la abracé.

—Buenos días, mi vida ¿Dormiste bien?

—Sí —me besó en la mejilla mientras me apretaba con todas sus fuerzas.

Con ella en brazos y girándome para que no viera nada, volví a mirar, Peter seguía con la vista clavada en el suelo y afirmando, Cillian estaba completamente fuera de sí, solo pedía que no se le fuera el asunto de las manos, me daba mucho miedo a que eso sucediese.

—Quiero desayunar.

—Vida mía, ¿qué tal si vigilas a tu hermano y yo te traigo un vaso de leche con galletas y desayunas aquí conmigo?

—Y tú, ¿qué vas a tomar?

—Yo traigo mi café ¿Vale?

—¡Vale! —se metió en la cama y abrazó a su muñeca Isabella.

Cuando llegaba a la cocina, vi a Diana que salía, Cillian estaba en la puerta principal esperándola, seguramente había venido a buscarla para llevarla a hablar con ellos.

Le preparé el vaso de leche con galletas a la pequeña y me serví un café de la cafetera que se veía que estaba recién hecha.

Regresé a la habitación y le puse todo a la pequeña sobre un pequeño pupitre de madera que tenía y se lo pegué a la cama para que se sentara sobre el filo de esta.

Disimulé apoyándome en la ventana y vi como Cillian le hablaba a Diana y Peter miraba hacia abajo con las manos en la cara, ahí sí que estaba llorando.

Diana comenzó a hablar enfadada, movía las manos diciéndole cosas a Peter efusivamente, inclusive se pegaba a su oído para gritarle.

El traidor se quedó quieto al lado de la furgoneta mientras Cillian venía hacia la casa junto a Diana, que la traía abrazada por el hombro. Se la veía muy afectada.

Cillian entró en la habitación con ella, me pidió que lo acompañara y que cogiera al bebé, que Fiona se quedaría con Diana.

Asentí y fui a cambiarme inmediatamente.

—No vayas a hacer ninguna tontería con Kevin —le imploré antes de salir de la casa.

—Lo amo al igual que a Fiona, no dudes de mí. Tranquila, no tienes que preocuparte de nada, solo quiero que me acompañes, necesito una testigo para el laboratorio y necesito que le saquen a Kevin una muestra luego te cuento.

—Vale.

—No quiero que él toque al bebé, por eso te traigo, yo debo conducir.

Nos montamos en la camioneta y yo me senté delante con Cillian y el bebé en mi falda. Atrás Peter que iba callado y los ojos rojos como tomates.

Fuimos a un laboratorio de la ciudad y recogieron muestras de Peter, Cillian y el niño. Dejó pagada la factura y le dijeron que en cuestión de un mes tendría los resultados pero que intentarían por todos los medios fuese antes.

Regresamos a la casa y Peter se fue a la habitación sin mirar a Diana y sin decir nada.

—Se marcha, va a recoger sus cosas.

—¿Y Diana?

—No lo dudó ni un momento, se queda con nosotros. Le dijo de todo, además de que se quitaba a un cerdo maltratador de encima.

—Pobrecita, me da mucha pena.

—Y a mí, a ella se lo hicieron también, Diana no es como él.

—¿Por qué os habéis hecho la prueba? —pregunté y luego pensé que había sido un poco imprudente.

—Me contó una historia que no sé si es cierta —dame un momento, que se vaya Peter y luego nos tomamos un café y te cuento.

—Vale. Voy a llevar a Kevin con su hermana y Diana.

—Perfecto, ¿preparas los cafés?

—Claro.

Entré y Diana estaba con la pequeña en la falda. Pude ver en su cara el dolor que estaba soportando. Era triste verla así.

—En esta habitación hay mucho amor por lo que puedo sentir —murmuré entrando, consiguiendo sacar una sonrisa a Diana, pero que escondía un gran dolor detrás. La pequeña me miraba también sonriente —Os voy a dejar aquí al pequeño un rato ¿vale?

—Vale —dijeron las dos a la vez.

Le di un beso a la pequeña en la mejilla y cuando se lo di a Diana me agarró la mano.

—No soy como él.

—Lo sé, por favor, ni dudes que yo piense lo contrario. Me alegro de que te quedes aquí.

—No tengo nada, solo me quedan ellos —eso refería a los Warren.

—Y a mí, para lo que necesites y pueda ayudarte, me tienes también.

Sentimos en ese momento movimiento por el pasillo, me asomé y era Peter cargando una caja y empujando una bolsa con la pierna.

Me volví a meter en la habitación y esperé a que se fuera. Diana estaba descompuesta, me rompía el corazón verla así.

La pequeña parecía que intuía que algo no iba bien y no dejaba de abrazar a Diana.

Salí cuando vi por la ventana que se marchaba en su coche y salí en busca de Cillian con los dos cafés.

Estaba sentado de lado sobre la barandilla mirando hacia la clínica. Cuando se dio cuenta de mi presencia se giró.

Le di el café y estiró su mano para que me acercara. Me echó su mano por el hombro y me pegó a él.

—Gracias por todo, Nessa. —me besó la sien y luego de darme una caricia afectuosa en la espalda me soltó.

—No me las des, tú también te has portado muy bien conmigo.

—Ojalá pronto nos den fecha del juicio contra Carles y que consigamos que te devuelvan a tu hija —se me estremeció y todo.

—Ojalá...

—Pues resulta que, según Peter, sí que estuvieron liados, pero lo más sorprendente que dijo y que luego me corroboró Diana, es que él no puede tener hijos —me quedé asombrada —Dice que mi mujer antes de saber que estaba embarazada, lo dejó y le dijo que quería que se fuera con Diana de la casa.

—Estoy en shock...

—Eso no es nada. Según él, fue en ese momento, que Maire cuando supo que estaba embarazada le pidió a Louise que la ayudara con lo del ADN y el envío, pero esta, se lo contó a él. Así que cuando Kevin nació, decidieron mandar una muestra de Cillian, pero con el nombre de Peter, para que así diese positivo y él tener con qué sobornarla para que no lo echase.

—Creo que me voy a caer al suelo...

Abrí los ojos y me sentía aturdida.

—Tranquila, te dio una bajada de tensión.

—¿Dónde estoy?

—En la camilla donde atiendo a los perros, parece que le cogiste gusto.

—Y por qué no me llevaste a la casa.

—Aquí tengo todo para cualquier emergencia.

Me ayudó a incorporarme lentamente. Por él me hubiera quedado una hora más ahí tumbada.

Cuando me senté metió una de sus manos ahuecándola en mi cuello y se acercó para besarme la frente.

—No me des más sustos.

—Si te faltó algo por contarme, no quiero saberlo —le causé una risilla y me encantó, verle sonreír era lo más bonito que ahora mismo podía ver en él.

—Nada, solo eso, que Peter dice que me regala a Kevin ya que no es de él. Se fue hacia Irlanda del Norte a la casa de un primo suyo. Contra más lejos mejor.

—¿Lo has creído?

—Lleva muchos años con Diana y no tuvieron hijos.

—Ya, eso es verdad.

—Bueno, vamos a regresar a la casa, quiero sacar todo lo de la habitación, muebles incluidos. Voy a tirarlo todo. Mañana iré a Cork a comprar otra nueva y de paso entrego la ropa de Maire para donarla. No quiero que haya nada. Fue una gran madre con Fiona y con eso me quedo, menos al final, se sentía tan mal con ella misma que le impedía disfrutar de lo que tenía

alrededor, pero, como mi mujer que era, a mí me faltó el respeto y fue desleal. No voy a echar ni una lágrima más por alguien que no valoró que toda mi vida, la había puesto en sus manos y me esforzaba para que no le faltara de nada y fuese feliz. No quiero nada de ella en esa habitación, la pintaré, muebles nuevos y a seguir adelante, tengo dos hijos por los que luchar y pase lo que pase, siempre serán mis dos ángeles.

—Me gusta escucharte hablar así ¿Quieres que te ayude?

—No me vendría mal.

—Venga.

Capítulo 12



Septiembre 1980

El día anterior lo ayudé a sacar todos los muebles, los montó en la camioneta y se los llevó a una familia que sabía que le vendrían bien, al igual que la ropa que pensó que mejor a ellos que entregarla en un medio de donación.

Esa noche durmió con Fiona y el niño, los necesitaba, eran su vida, esos que lo amaban incondicionalmente, eran todo lo que necesitaba para sacar fuerzas y seguir hacia adelante.

Preparé el café ya que me levanté la primera y no tardó en aparecer Diana, tras ella Cillian con los niños.

Fiona abrazó fuertemente a Diana y luego a mí. Cillian le dio el biberón al pequeño que ya estaba preparado.

Después de desayunar, Diana se quedó con el pequeño y Fiona se vino con nosotros a Cork. La clínica estaba cerrada unos días por duelo.

Fuimos a una tienda de muebles y me quedé mirando un dormitorio de matrimonio precioso, en color blanco y con un labrado sobre la madera que era una especie de enredadera con hojas.

—Quiero este —me murmuró, lo miré y estaba sonriendo.

—Es precioso.

—Lo vi en tus ojos y por eso me decidí rápidamente.

—¿Ahí vais a dormir los dos? —preguntó Fiona inocentemente causándonos una carcajada.

—Ahí sois todos bien recibidos.

—¿Diana también?

—No —rio mientras movía la cabeza negando.

—Mi hermano y yo vamos a ir a dormir contigo alguna vez.

—Claro, hija.

—¿Y Nessa? —me puse la mano en la frente mientras negaba. No podía creérmelo.

—Ella puede venir cada vez que quiera —vi que lo decía mirándome de reojo y yo me puse roja como un tomate, tanto, que me puse a mirar otros muebles para disimular. Me había entrado hasta calor.

Compró el dormitorio, un edredón, sábanas, dos mantas, cortinas, toallas de baño y un sillón doble para su dormitorio, se notaba que quería renovarse en todos los sentidos, para él era el comienzo de una nueva etapa.

—Papá, ¿podemos pasar por la tienda de muñecas? así podemos comprar un novio para Isabella, como tú y Nessa.

—¿Cómo qué como él y yo? —resoplé negando y la pequeña se moría de la risa como el padre, que estaba a carcajada limpia.

—Creo que la niña te eligió como madrastra —murmuró en mi oído y la piel se me erizó al sentirlo tan cerca.

No supe ni que contestar, solo se me escapó una risilla nerviosa y un silencio me invadió por completo mientras andaba agarrada a la niña que estaba al otro lado.

Entramos en la tienda de muñecas y el señor salió a saludar a Fiona y darle un abrazo.

—Vengo a por un novio para Isabella.

—Tengo el perfecto, espera —le dio un abrazo a Cillian y a mí la mano cuando me presentó —Siento mucho lo de su mujer.

—Gracias.

Se giró para ir a buscar al muñeco y vino sonriendo con él en la mano mirando hacia la niña para que lo viese.

—Papá, quiero a Bono.

—¿Ya le has puesto nombre? —pregunté asombrada.

—Sí, como el cantante del grupo que escucha mi padre —se refería a U2.

—No me lo puedo creer —reí incrédula y Cillian sonreía mirándome.

Le compró el muñeco y el propietario le regaló un perrito de tela que era una monada.

—Gracias, este se va a llamar John, como un niño de mi clase que es muy malo.

—Lo mismo este es bueno —me referí al perrito de peluche que sostenía en su mano junto a Isabella y Bono. A ese paso, la niña montaba un árbol genealógico de muñecos de tela.

—Bueno, ya lo veremos. Por ahora, se va a llamar John.

—De acuerdo —hice un carraspeo causándole una risita.

Comimos en la ciudad y luego dimos un paseo por un parque donde nos sentamos en un banco viendo como Fiona jugaba con otras niñas que estaban allí con sus padres.

—Te veo mejor —murmuré.

—Estoy bien, aunque no lo creas, estoy bien. Me siento fuerte y con la mente muy tranquila. Eso es muy importante, creo que después de lo mal que lo pasé este año, ya es hora de que cambie el chip y disfrute de la vida, esa que me dan mis hijos —puso su mano por detrás de mi espalda y comenzó a acariciarla.

—Te mereces ser feliz, por ti, por ellos, por todo lo que has luchado en la vida para tener tu futuro. Eres muy buena persona.

—¿Tú crees? —se giró un poco y, sin dejar de acariciar mi espalda, me agarró la mano con su otra mano y comenzó a acariciarla.

—Sí —murmuré sintiendo que las mejillas me comenzaban a arder y debían de estar como dos tomates.

—Dime una cosa —parecía que miraba mis labios mientras me hablaba — No tengas miedo a responder —levantó la vista y me miró fijamente, yo era

incapaz de mediar palabra —Muchas veces nos hemos mirado y he llegado a pensar que tú estabas pensando lo mismo que yo, he llegado a sentir que tú al igual que yo, has sentido algo nuevo en ti. No sé si me entiendes — sonreía y se le veía nervioso, no tanto como yo, que rezaba porque no se me bajara la tensión.

—Creo que sí... —murmuré temblorosa.

—Y, ¿estoy en lo cierto?

—Sí —me sinceré sin pensarlo, mirando hacia su mano que sostenía la mía y que seguía acariciando, igual que mi espalda.

—No tengas miedo —me dio un beso en la sien —La vida por algo nos ha puesto en el mismo camino.

Fiona vino hacia nosotros y ya nos fuimos de allí para regresar a la finca.

Habíamos pasado todo el día fuera y, cuando llegamos a la casa, era justo para duchar a Fiona y cenar, a Kevin ya lo tenía listo Diana.

Diana estaba muy afectada, mientras Cillian se duchaba me explicó que su dolor no era por perder al que llevaba tiempo sintiendo como un cerdo, al fin y al cabo, eso para ella era una liberación, su dolor era por lo que ese hombre le había hecho a esta familia, y, la falta de escrúpulos que tuvo haciéndolo. A mí también me ratificó que era imposible que fuera el padre de Kevin ya que él tenía problemas desde joven y tuvo que operarse varias veces por unas infecciones de adolescente.

Después de cenar todos, y, de que Diana se fuera a dormir con los niños, Cillian me dijo de irnos al salón.

Nos sentamos en el sofá y puso su brazo sobre mis hombros.

—¿Sabes?

—Dime —murmuré intuyendo que por su tono iba a soltar algo fuerte.

—Creo que la vida te puso aquí para darme otra luz, para no apagarme —me quedé sin aliento, el día de hoy estaba siendo de lo más nervioso —Sé que tenemos una ligera diferencia de edad —soltó una risilla —al menos quiero verlo así, pero creo, que podemos sacar algo muy bonito de aquí.

—Déjame tumbarme...

Abrí los ojos desorientada, pero dándome cuenta de que de nuevo había sufrido una bajada de tensión. Lo primero que pensé que por lo menos, esta vez no estaba en la camilla de los animales, sino que estaba en el sofá de la casa.

—De mañana no pasa que hablemos con un médico para que pase por aquí y te vea. No es normal esas bajadas que te dan, eso no es bueno.

—Si hubiese estado leyendo un libro, seguro que no me daba —murmuré mareada y lo sentí reír.

—Huyes de los sentimientos.

—Aún no me levanté, no hagas que me caiga otra vez —murmuré riendo y obviando eso que me había dicho.

—Venga, ¿te tomas un poco de refresco?

—Sí.

—Voy a llenarte un vaso —me dio un beso en la punta de la nariz y se marchó.

Me estaba quedando en shock con esa situación ¿Era cosa mía o llevaba intentándose declarar todo el día?

Cuando apareció con la Coca Cola, yo ya estaba sentada apoyada contra el respaldo del sofá.

—Te has levantado sin mi ayuda.

—Tengo veinticinco años, no ochenta —me reí mientras observaba como ponía el vaso en la mesa.

—Si tuvieses ochenta, te querría igual —se sentó sonriente. Me acababa de soltar que me quería con una suavidad y discreción increíble.

Yo era incapaz de mediar palabra, solo pensaba que si esto, iba a ser el comienzo de algo, no me veía aún preparada.

Jamás había tenido una relación, ni un novio, ni un beso a escondidas, solo una violación que aún golpeaba en los recuerdos de mi cabeza, removiendo todas mis entrañas.

Cillian no me daba miedo, pero me imponía y verme en los brazos de un hombre me hacía sentir insegura. Tenía aún terror a ser acariciada, pero reconozco, que, las caricias que me había hecho Cillian hasta el momento, y, que las vi afectivas, habían causado en mí, muchas sensaciones; erizaba mi piel, me sonrojaba e incluso, notaba un cosquilleo en mi barriga.

Pero era de locos, él tenía su vida aquí en Cork, yo la tenía en Dublín junto a mi padre, esto era para conseguir el dinero para recuperar a mi hija, que era mi prioridad. Pero sí, Cillian me hacía sentir cosas nuevas en mi interior, inclusive me daba una paz dentro de aquel nerviosismo que llevaba desde que perdí a mi bebé.

Estaba agotada, me moría de sueño, habíamos tenido un día de lo más intenso, por no hablar del anterior.

—¿Nos vamos a dormir? —preguntó después de que diera varios tragos al refresco.

—Claro.

—¿Me dejarás dormir contigo?

—Sí —murmuré volviéndome a ruborizar.

Fue a cambiarse y vino con un pantalón de pijama fino y una camiseta blanca. Estaba guapísimo, el blanco le sentaba genial.

Yo de igual manera me había puesto un pantalón de pijama con una camiseta.

Se abrazó a mi cintura desde atrás y nos dormimos envueltos por un silencio en el que no hacían falta las palabras.

Capítulo 13



Septiembre 1980

Lo sentí abrazado a mí al despertar. Aún no había abierto los ojos, ni siquiera pestañeado. Me imponía mucho aquella situación, pero reconozco que me gustaba sentirlo pegado a mí.

—Buenos días, Nessa —besó mi cuello.

—Buenos días, Cillian —murmuré pensando que tenía una habilidad increíble para detectar que me había despertado —¿Cómo sabías que estaba despierta? —pregunté con intriga.

—Por tu forma de respirar, es distinta.

—¿En qué lo notas?

—Mientras duermes estás respirando relajadamente, mientras que cuando vuelves en ti y te das cuenta de que me tienes pegado abrazándote, comienzas a respirar más rápidamente.

—Siempre pensé que era por los latidos del corazón —murmuré y se me escapó una sonrisilla.

—¿Y si te giras y me das un abrazo de buenos días?

—¿En qué cláusula de mi contrato viene reflejado? —me retorcí riendo cuando comenzó a hacerme cosquillas consiguiendo que al final me pusiera bocarriba.

Se me quedó mirando fijamente, estaba de lado hacia mí, me puse muy nerviosa viendo la forma en que me miraba, sin perder esa media sonrisa. Ahora sí que sentí mi respiración más profunda.

Puso su mano sobre mi mejilla y comenzó a acariciarla.

—Eres esa ilusión que siento al despertarme.

—Verás que se me baja la tensión de nuevo —murmuré viendo como se le dibujaba una sonrisa en su cara. Otra más que conseguí sacarle.

—No, por favor, esta vez no —se acercó a mis labios y contuve el aliento.

Me dio un beso. Solo uno que duró unos segundos, pero mi corazón latía desbocado, podía oírlo.

—No tengas miedo... —me abrazó y me dio varios besos en el cuello.

En ese momento Fiona abrió la puerta, sin previo aviso, y entró en la habitación con los brazos en jarra.

—Vosotros dos aquí y yo os he estado buscando por toda la casa. La próxima vez me llamáis y juego al escondite —se metió en la cama colocándose en medio de los dos.

—Buenos días, mi princesa —le murmuró su padre besándole la cabeza.

—Buenos días, cariño —le acaricié la mano.

—¿Cuándo os traen vuestro nuevo dormitorio? —esa pequeña corría más que el padre y se había empeinado en unirnos.

—Creo que mañana, me lo confirman luego.

—Papá el bebé ya está en la cocina.

—Pues vamos a saludarlos —la levantó en volandas y fui a asearme y cambiarme.

No podía creer lo que había sucedido. Me miraba en el espejo y me reí al ver que no me quitaba las manos de la frente ¿Era cierto esto que me estaba pasando?

Fui hacia la cocina y Cillian ya le estaba dando el biberón a Kevin mientras Fiona jugaba en la mesa con Isabella, Bono y John, esos muñecos de trapo.

Ayudé a Diana a poner el desayuno y salí un momento a poner de comer a Don y Coll que ladraban desesperados y es que, no tenían paciencia. Nos escuchaban y ya estaban pidiendo su ración de comida.

—Bueno chicos, que os aproveche —les acaricié el lomo antes de entrar e ir a lavarme las manos para sentarme a desayunar.

El teléfono de la casa sonó justo cuando estábamos retirando los platos y Cillian fue a cogerlo. Salí al porche con los niños y me senté allí.

—Tenemos fecha de juicio, es en cuatro días.

Casi me da un infarto, me puse hasta a temblar. Cillian se sentó a mi lado y me abrazó.

—Se hará justicia, confía en ello.

—Es mi única esperanza —se me saltaron las lágrimas.

—No vas a perder a tu hija, verás que no.

Ese día lo pasé malísima; vómitos, décimas de fiebre, malestar general y un dolor de tripa increíble.

Cillian estuvo a mi lado en todo momento atento a mí, hasta la pequeña Fiona no dejaba de venir a darme besitos y decirme que ya me iba a poner bien.

Diana me preparó una sopa por la noche ya que había sido incapaz de comer nada en todo el día y había echado lo poco que desayuné.

Cillian se vino a dormir conmigo, si no me dejó sola la noche anterior, esta, estaba claro que menos aún.

Al día siguiente me levanté mejor y después del desayuno, apareció el camión con el dormitorio de Cillian.

Quedó precioso, lo vestí con las cortinas, sábanas, edredón y le puse las fundas a los cojines que también había comprado.

—Quiero que te instales aquí —me agarró por la espalda y pegó a él —No me quiero perder ningún momento junto a ti.

Casi me caigo, me tuve que sentar en la cama, pero esta vez no perdí el conocimiento. Cillian se río al comprobar que estaba bien.

—Me tienes la tensión alborotada —murmuré sonriendo.

—Dime solo si tú deseas estar junto a mí, como yo deseo estar contigo.

—Sí, Cillian, pero me muero de miedo. Tengo el juicio, si la recupero tendré que sacarla adelante y tengo a mi padre en Dublín y me muero si lo dejo solo —me sinceré.

—Está bien, vayamos por partes. A tu hija la vamos a recuperar en este o en otro juicio porque no vamos a parar hasta conseguirlo, y, para mí, será una más, como son mis hijos para ti a los que sé que amas. Y el tema de tu padre, aquí tiene su habitación, una familia y estaré encantado de que viva con nosotros.

Hice como que me desmayaba y me tiré hacia atrás de la cama. Cuando se dio cuenta de que era broma, se tiró sobre mí y comenzó a hacerme cosquillas.

Nos reímos, besamos y me llevó en brazos como un bebé hacia mi habitación para recoger las cosas y llevarlas a la suya.

Cuando colocamos lo poco que yo tenía, me volvió a pegar a él y mirándome fijamente mientras yo me ruborizaba...

—Te prometo que voy a luchar por todos, te lo prometo, confía en mí.

—Confío en ti, Cillian.

Me besó, pero esta vez nuestras lenguas se entrelazaron y fue un beso más intenso. Ahí nos dejamos toda la pasión contenida de dos personas que no se atrevían a dar un paso adelante hasta este momento, pero, que, se sentían atraídas desde casi el principio.

Cillian respetó a su mujer hasta el final, además, estaba convencida de que, si no les hubiera ido lo mal que les fue desde lo del embarazo, él ahora la estaría llorando su pérdida y no en mis brazos. Era un gran hombre.

A partir de ese momento su habitación se convirtió en nuestro nido de amor, no pasó nada más allá de besos y abrazados, momentos de risas, miradas confidentes y lo bonito que se sentía teniéndonos el uno al otro.

En la casa lo sabían, Fiona no tardó en llamarme mami, cosa que me emocionaba que me viera así, ella tenía claro que su mamá estaba en el cielo, pero decía que su mami estaba aquí a su lado y era yo. Decía que era afortunada de tener dos madres.

Los nervios me comían ya que al día siguiente era el juicio y sabía que de allí podía salir feliz o destrozada por completo.

Por un lado, tenía muchas ganas de que se celebrase ya, pero, por otro me daba mucho miedo.

Capítulo 14



Septiembre 1980

Me levanté de lo más nerviosa y me tomé un vaso de leche. No quería ponerme más inquieta aún con el café.

Diana intentaba tranquilizarme con abrazos mientras Cillian daba el biberón a su bebé.

Para distraerme, me puse a ayudarla un rato con unos purés que le estaba preparando a Kevin de pollo con verduras. Ya comía con cuchara, pero nos ayudábamos mucho con el biberón porque le gustaba bastante.

Dejamos a los niños con Diana y, al llegar a la puerta del juzgado, me eché a llorar al ver a mi padre allí parado esperándome.

Corrí hacia él y lo abracé.

—¿Cómo es que has venido? ¿Te llegó tan rápido la carta? Él es Cillian —le dije cuando este llegó hasta nosotros.

—Él es el quien se puso en contacto conmigo y me pidió que viniese, además de invitarme a pasar una temporada con vosotros en su finca —dijo mientras se daban un abrazo y yo me emocioné, las lágrimas comenzaron a brotarme.

Entramos en la sala donde se iba a celebrar el juicio y fue verle la cara a ese ser despreciable y sentir una rabia por todo mi cuerpo, a la vez de que se me pasaban cosas por la cabeza que no eran normales, pero, me daban ganas de cogerlo por el cuello y estrangularlo hasta dejarlo sin respiración. El muy cerdo me miró con una media sonrisa.

El juez fue muy conciso, no admitió ninguna tontería por parte del acusado y le soltó dos o tres respuestas cortándole y dejándole en evidencia.

Dadas todas las pruebas que habíamos aportado y la claridad del intento de denuncia frustrado que le puse por violación y por secuestro de mi hija y, que todos obviaron, puso unas medidas inmediatas.

—La niña debe ser entregada hoy a su madre de forma inmediata antes de las siete de la tarde. Debe usted mantener un alejamiento con ambas de más de diez kilómetros a partir de ese momento, y, queda a la espera en su domicilio de la condena que se le aplique derivada por los acontecimientos, quedando cesado en su puesto como autoridad.

No recuerdo nada más, cuando abrí los ojos, tenía a mi padre echándome aire y a Cillian con mis pies en alto.

Había recuperado a mi hija...

Los ojos comenzaron a inundárseme de lágrimas, oía como ecos de mi padre sollozando, diciendo que lo habíamos conseguido.

Iba a poder abrazar a mi dulce niña, a esa, que un día me arrancaron de los brazos.

Mi padre el pobre que acababa de llegar desde Dublín, regresó junto a nosotros para recoger a Saja, así supimos que se llamaba.

Iba nerviosa ¿Cómo reaccionaría? ¿Lloraría? ¿Se negaría?

Cuando llegamos a Dublín esperamos en un bar tomando un refresco y a la hora acordada, llegamos al edificio gubernamental de protección al menor del juzgado donde me la entregarían.

La vi en brazos del mediador social y la reconocí, nunca la había visto desde que nació, pero sabía que era ella.

Preciosa, morena con los ojos azules y piel blanca. Una monería. Sonrió al verme para mi sorpresa.

—Ella es mamá —dijo el mediador.

—Mamá —repitió sonriendo y se vino a mis brazos. Rompí a llorar.

El chico nos dijo que, con muy poco cariño, nos la ganaríamos, ya que, había estado viviendo con sus abuelos paternos, pero no le hacían mucho caso dado que eran muy mayores.

Me dio una pena increíble que aquel ser despreciable me la hubiese quitado para echarle esa responsabilidad tan grande a sus padres, y, que, esa niña creciera sin el cariño de su madre, esa que la quería con toda su alma.

—Él es el abuelo y él es...

—Tu papá si tú quieres —dijo Cillian, antes que terminase de presentarlo, y, a mi padre se le iluminó la cara, se había emocionado como yo ante sus palabras.

—Papá, abuelo —dijo sonriendo y tirándose a los brazos de los dos.

—Como veis, va a ser muy fácil —murmuró el mediador —No han traído ni su ropa ni sus objetos personales.

—Eso no es ningún problema —murmuró Cillian mirándola sonriente.

Salimos de allí con la pequeña directos al coche para emprender el viaje de vuelta, donde estaría por fin con mi niña, además de con mi padre que venía para quedarse una temporada.

La pequeña me miraba feliz, sonriente y tocaba mi carita. Yo hacía como si le fuera a morder la mano y le daban unas carcajadas enormes.

Llegamos a la casa y los perros vinieron a recibirla, se echó a llorar asustada pero pronto le hicimos ver que solo querían jugar con ella.

Fiona apareció corriendo y al ver a Saja se quedó un poco impactada.

—Es mi hija —dije agachándome y agarrándola por la espalda mientras la miraba.

—Entonces es mi hermanita y de Kevin —murmuró causándonos a todos una sonrisa emocionada.

Cuando apareció Diana hasta se echó a llorar y abrazó a mi pequeña.

—Él es Lorcan, mi papá.

—Así que tú eres Diana —dijo mi padre acercándose para darle la mano — No me habías dicho que era tan guapa —me dijo sonriente.

—¡Papá! —me reí.

—Déjalo, para un hombre apuesto como tu padre que me dice algo bonito, no lo prives.

Cillian negaba riendo y mi padre sonreía mirándola como jamás vi que había mirado a nadie. No quería ni imaginar, para qué, no quería que me diera una bajada de esas en estos momentos.

Diana no tardó en llevárselo hacia la que había sido mi habitación para instalarlo allí. A mi pequeña le íbamos a comprar una cama para ponerla en la habitación de Fiona, mientras dormirían juntas en la misma cama.

Fiona la agarró de la mano para enseñársela y que conociera a Kevin.

Miré a Cillian y este me abrazó.

—Ahora tienes una sonrisa mucho más bonita —me dio un beso en los labios.

—Gracias por lo que hiciste, que viniera mi padre y ayudarme a conseguir que recuperara a mi hija.

—Nuestra hija, quiero que ahora seamos todos una familia y tu padre se puede quedar aquí todo el tiempo del mundo.

—No sé si se acostumbraría a esto —reí.

—Estoy seguro de que sí.

Capítulo 15



Septiembre 1980

Esa noche caímos agotados. Fue bañar a los pequeños, darles de cenar para luego hacerlo nosotros y ahí fue cuando nos despedimos hasta el día siguiente.

Me metí en la cama donde ya me estaba esperando Cillian para que pusiera mi cabeza sobre su pecho.

—Entiendo que estés agotada —murmuró acariciando mi espalda —debe ser muy duro ser madre de tres hijos —lo escuché sonreír y a mí me salió una risa floja.

—Por esa misma regla de tres, lo mismo debe ser para ti.

—Pero yo disimulo mejor —echó mi pelo hacia atrás y movió su cabeza para darme un beso.

—Y no te dan bajadas de tensión.

—Efectivamente —nos reímos.

—Cillian quería hablar contigo.

—Dime, cariño.

—Mi padre tiene una pensión, y ya terminó de pagar su hipoteca con lo que le liquidaron de la empresa. Está más desahogado y yo te debo lo del proceso...

—No me debes nada.

—No quiero que me pagues más.

—Lo veo lógico. Lo mío es de la familia y vosotros sois parte de ella.

—Yo cuidaré a los tres por igual.

—Eso no hace falta que me lo digas sé cómo eres. Quiero que estés tranquila, tu padre puede quedarse para siempre o ir y venir a Dublín si a él le parece. Quiero que seas feliz, que seamos felices y que luchemos por esta familia tan bonita que tenemos.

—A mí me da mucho miedo, pero me hace infinita ilusión —le di un beso en su pecho.

—No tengas miedo, te voy a cuidar para que nada te pueda pasar.

Se ladeó y comenzó a besarme. Algo me decía de que había llegado el momento. Y sí...

Los besos fueron intensificándose y su mano se posó en mi pecho, luego metió la mano por debajo de la camiseta para sentirlos mejor.

Se terminó deshaciendo de mi ropa y de la suya. Acarició todo mi cuerpo hasta llevarme a un placer desconocido por mí, casi agonizante, creí que me desmayaba al sentir como culminé con las piernas temblorosas.

Me penetró con cuidado, poco a poco se fue sintiendo seguro mientras yo me agarraba a sus fuertes brazos. Sentía el placer de nuevo invadirme, diferente, pero también muy placentero.

Fue una sensación de liberación, era como si con esto estuviéramos concluyendo algo que daba paso a una nueva etapa en la vida de los dos.

Por la mañana la puerta se iba a caer a golpes con los gritos de las niñas pidiendo que les abriéramos.

Nos reímos y Cillian se levantó a abrir la puerta. Entraron a la velocidad de la luz y se tiraron encima de mí.

—Buenos días —dijo con cara de indignación Cillian y con su ceja arqueada —Aquí también tenéis un padre al que habéis pasado de largo —se rio mientras negaba.

—Papá, ahora vamos contigo.

—Sí —decía Saja ante el comentario de la hermana.

—Bueno, mientras os coméis a besos a mamá, yo voy a por el pequeño que no quiero que se ponga celoso —me hizo un guiño y salió de allí, no tardó en aparecer con el bebé en los brazos.

—Ya comió, se levantó temprano —dijo Fiona cuando lo vio con él.

—Sí, eso me dijo Diana —lo puso en mi falda.

Me sentía tan feliz esa mañana con tanto amor a mi alrededor que no me lo creía.

Nos fuimos a la cocina donde estaba mi padre desayunando junto a Diana. Le di un beso y abrazó a cada uno de los niños sin hacer diferencia alguna. Estaba muy orgullosa de él.

Cillian me miraba como diciéndome que mi padre y Diana estaban muy compenetrados. No le hacía falta hablar, era increíble que lo entendía a la perfección con solo una mirada.

Eso sería una locura si algo así sucediese, no me lo quería ni imaginar, aunque los dos tenían derecho a darse una oportunidad en la vida.

Esa mañana Cillian se fue a la clínica después de desayunar, ya que, tenía varias citas y mucho trabajo acumulado por los días que estuvo cerrada.

Me fui con mi padre paseando con los tres niños hasta el río. Las niñas iban delante dando saltitos, miedo me daba que Saja se cayera de boca y es que la veía débil y frágil, en cierto modo, pero, Fiona estaba ahí al pie del cañón con su nueva hermana.

Yo llevaba el carrito y mi padre iba a mi lado.

—Hija, me gusta este sitio para que empieces una nueva vida.

—Es un lugar especial —sonreí —Tú también te puedes quedar aquí.

—Yo donde esté Diana —se encogió de hombros y me tuve que echar a reír.

—¡Pero bueno! —resoplé viendo cómo se reía de forma nerviosa, parecía otra persona.

—Hija, sabes que me he desvivido por ti, por la casa, por ayudarte en todo y ahora...

—Papá no me tienes que explicar nada, sé todo lo que has hecho por sacarme adelante y como me has cuidado y tratado. Tienes derecho a enamorarte, llevas veintiún años esperando a que suceda un milagro con mamá y lo único que sucede es que la vida se va. Ya hiciste todo lo que estuvo en tus manos por encontrarla, ahora te mereces ser feliz y la vida que te queda, sea en compañía y con alguien que te saque una sonrisa como la que tienes ahora.

—Esta mañana oí como bajaba con Kevin para darle el desayuno, era muy temprano, así que salí hacia la cocina. Me preparó un café y estuvimos charlando un rato, me contó todo lo vivido junto a ese hombre que trajo tantas desdichas a esta casa.

—Fue terrible, esta casa estaba llena de mentiras y secretos que iban a hacer mucho daño.

—Pero mira Cillian, también se le ve feliz junto a ti.

—Sí, pero lo pasó mal mucho tiempo, desde que ella quedó embarazada y comenzó a ser una completa desconocida para él.

—Qué duro es eso también. Pobre hombre, se le ve tan buena persona...

—Sí.

—Estoy seguro de que os vais a hacer muy felices mutuamente.

—Eso espero —paramos ante el río y puse a Kevin en el suelo en una mantita. Nos sentamos mientras las niñas se pusieron a jugar a tirar piedras al agua.

—Pues lo que te decía, me contó eso, y, luego yo le hablé de lo sucedido con mamá. Noté que nos sentíamos cómodos el uno con el otro —sonrió recordándolo.

—Papá, sé feliz, no lo dudes ni un momento.

—Gracias, hija, por cierto, anoche dormí más tranquilo que nunca sabiendo que Saja estaba en la casa.

—Yo también —sonreí mirándola como jugaba con Fiona —Solo falta que se esclarezca lo de este mocoso —dije riendo, cogiendo a Kevin que venía arrastrándose hacia mí.

—Seguro que es de él.

—Y si no lo es, lo vamos a querer igual, el otro sinvergüenza no quiere saber más que de él y solo de él, jamás le importó nadie, ni siquiera su mujer.

—Es de Cillian, solo hay que verlo —decía convencido.

—Y mío —le hice cosquillas a Kevin y este se puso a reír nervioso.

Me había causado mucho asombro lo de Diana y mi padre, que, a ver, para sernos sinceros aún no había nada, pero bien es sabido que cuando dos personas cruzan su mirada por primera vez y saltan las chispas, es que estaban predestinadas a estar juntas. Y podía ser el claro ejemplo el caso de ellos.

Estuvimos charlando unas tres horas hasta que regresamos a la casa. Mi padre se fue con los niños hacia dentro a buscar a Diana y yo aparecí por la clínica para ir ordenándole un poco la consulta en la que no estuviera en ese momento. Tenía tres y según el caso iba para una o para otra. Una era de operaciones.

En ese momento se estaba despidiendo de un cliente.

—Nessa, hola, cariño —sonrió acercándose a mí y dándome un beso.

—Hola, Cillian —sonreí —Estuve con mi padre y los niños en el río y ya se fueron para la casa. He pasado para arreglarte un poco las consultas.

—En veinte minutos acabo —me volvió a besar —El operatorio está bien, no entré para nada.

—Vale, entonces me voy para la dos.

—Eso es —me tiró otro beso al aire y se marchó hacia la sala de espera para avisar al siguiente.

Me hacía sentir muy bien la forma en la que me miraba, como me acariciaba y me hablaba...

Siempre pensé que los príncipes azules no existían, y, ahora, lo tenía ante mí y no venía a caballo, venía con todo un arsenal de personas que habían pasado a convertirse en nuestra familia, esa que me estaban llenando el corazón.

Mientras ordenaba todo, pensaba en mi Saja, todo lo que se había perdido de mí, eso que ahora le estaba dando a Kevin. La vida estaba llena de extrañas causalidades forjadas a su antojo. Daba miedo, pero a veces pensaba que todo pasaba por algo, por muy desgarrador que fuese, eso, o que yo quería darle un por qué a tanta crueldad.

Cillian vino a buscarme, me agarró por detrás y comenzó a besar mi cuello.

—¿Sabes que eres la mujer más bonita de todo el planeta? —murmuró en mi oído.

—¿Y tú sabes que es el príncipe que todas las mujeres buscan? —carraspeé aguantando la sonrisilla.

—Pues yo solo tengo ojos para una —me giró y con esa media sonrisa atacó a mis labios.

Terminamos haciéndolo en esa camilla en la que me atendió por la bajada de tensión días atrás. Ese lugar se estaba llenando de momentos, muchos que parecían inocentes, pero no, eran miradas que hablaban, esas que eran capaces de decir lo que nuestras bocas no podían.

Regresamos a la casa de la mano y vimos a las niñas correr hacia nosotros. Fiona a mis brazos y Saja a los de Cillian.

Nos miramos riéndonos, no nos hacía falta decir nada, los dos nos habíamos quedado locos con esa situación. La vida a la inversa, pero llena de amor ¿qué más da para quién fuera cada uno si lo que importaba era la felicidad que comenzaba a respirarse en aquella finca?

Entramos a comer todos juntos, hasta al pequeño lo pusimos en una trona que le habían traído encargada por Cillian.

Mi padre bendijo la mesa, allí no solían hacerlo, pero todos lo acompañaron en ese momento y agradecieron de igual manera.

Por la tarde fui con Cillian a la ciudad a comprar ropa para la pequeña Saja, la pobre estaba con la de Fiona que le quedaba gigante y ni ropa interior tenía.

Mi padre me había dado dinero para que le comprarse ropa a la pequeña como regalo y Cillian también se desvivió cogiéndole de todo, algunas prendas a las dos iguales, sobre todo los pijamas.

También le llevamos unas prendas a Kevin, ese bichito que, aunque no entendiese aún, no podíamos fallarle.

Cenamos en la ciudad, aprovechamos para pasear y estar los dos solos esa tarde, aunque reconozco que echaba de menos a todos y Cillian también me lo confesó.

Regresamos y ya estaban los niños durmiendo. Diana y mi padre estaban charlando en el salón y nos quedamos un rato con ellos antes de despedirnos e irnos a dormir.

Me gustaba mucho ese momento en el que me metía en la cama y me echaba sobre su pecho. Era sentir que estaba en el lugar correcto con la persona perfecta. La vida por fin se portaba en condiciones conmigo y pensaba que ya me tocaba.

Cillian tenía todo lo bonito que un hombre podía poseer, y, eso, era de valorar. Me sentía afortunada ¿Quién me lo iba a decir cuando días atrás me sentía la mujer más desdichada del mundo?

Todo puede cambiar en un segundo, con un nuevo acontecimiento, todo puede pasar, aunque pensemos que eso solo pasaba en las novelas, pero no, la vida era una rueda que giraba continuamente y lo que hoy estaba de una forma, mañana podía estar de otra.

Capítulo 16



Septiembre 1980

Tres semanas habían pasado desde el fallecimiento de Maire cuando a Cillian esa mañana mientras desayunábamos, le trajeron los resultados de las pruebas de ADN. Era su padre sin lugar a duda...

Lloró de la emoción y nos hizo llorar a todos que lo fuimos abrazando de uno en uno, inclusive las pequeñas que no sabían lo que pasaba.

Se acababa de quitar un gran peso de encima y su mujer se fue sin saber que nada era como ella imaginó.

De todas formas, el resultado contrario tampoco hubiera implicado nada, Cillian era el padre de Kevin, no cabe duda, pasase lo que pasase, pero, claramente la paz que sintió era muy importante para el dolor que tuvo que pasar por todo.

Esa mañana mi padre y Diana dijeron que iban a preparar una comida especial para celebrarlo.

Ellos se habían hecho inseparables, se había forjado algo muy bonito que no hizo falta comunicar, ni anunciar, ni nada, todo marchó de lo más fluido y acogimos esa relación que había surgido entre los dos y que a todos nos hizo felices. Se lo merecían, se habían dado una oportunidad al corazón y

algo me decía que eso sería ya para siempre. Transmitían algo tan bonito que podíamos sentirlo.

Cillian se fue a la clínica y yo me quedé con los pequeños en el salón. Hacía mucho frío ese día y el cambio de temperatura ya se iban haciendo palpable.

Kevin estaba hecho un terremoto y solo quería estar conmigo, era increíble el apego tan grande que tenía. Me cogía la cara con sus manos y mordisqueaba mi barbilla.

Saja era muy cariñosa, estaba siendo eso que no pudo ser antes y es que se pasaba besando y abrazando a todos todo el día, eso sí, su pasión era Cillian y eso pasaba con Fiona, que me idealizaba mucho y tiraba hacia mí.

Las niñas comenzaron a llamar a mi padre abuelo y a Diana abuela.

Todo comenzaba a ir sobre ruedas y la relación que tenía con Cillian crecía por días. Éramos todo pasión, deseos, amor, como dos imanes que se atraían con mucha fuerza.

Preparamos la mesa en el salón ese día, aunque habitualmente comíamos en la cocina que tenía una mesa gigante de madera para diez comensales.

Ese día era especial, diferente, todo estaba aparentemente en orden y eso era salud mental, esa que todos, en este momento ya comenzábamos a tener.

Días después de ese día, Fiona comenzó la escuela y la pequeña lo pasaba muy mal cada mañana en la que tenía que separarse de su hermana, pero poco a poco lo fue aceptando.

Mi padre le regaló el dormitorio nuevo a Diana, realmente lo quería pagar Cillian, pero finalmente mi padre no lo permitió y compraron un dormitorio de matrimonio para ellos dos. Mi padre se negaba a dormir donde lo había

hecho el susodicho, eso nos hizo mucha gracia, pero a la vez lo comprendimos.

A Kevin nos lo llevamos a nuestro dormitorio a dormir a partir de ese momento y las niñas que ya tenían su cama cada una, dormían juntas en la habitación ya sin mayores a su lado.

Fue a finales de septiembre cuando recibimos una carta en Dublín que había cogido el vecino al que mi padre le dejó encargado todo y este, la envió para Cork.

Estaba dirigida a mi padre y cuando la comenzó a leer se tuvo que sentar en el sofá.

Se la quité de las manos cuando vi que ya la había leído, se había quedado pálido. Tenía que saber el contenido de esa carta.

“Querido Lorcan.

Han pasado muchos años desde que perdimos el contacto e imagino que cada día de vuestras vidas os preguntasteis qué pasó.

Siento mucho haberos hecho pasar por eso, lo siento con todo mi corazón y soy consciente de que ese daño es irreversible.

Me enamoré de alguien durante el tiempo que estuve en Belfast, era el doctor que trataba a mis padres y fue en ese periodo que me quedé embarazada de él.

No tuve el valor de decíroslo. Sé que fue una decisión muy egoísta por mi parte, solo pensé en mí y no os di la posibilidad de decidir vuestras vidas, sin pensar que me había pasado algo.

Rehíce mi vida formando una nueva familia, jamás me olvidé de Nessa, pero el miedo a desvelar la verdad fue más fuerte que el valor de hablar con ella.

Nessa tiene tres hermanastros de dieciocho, quince y doce años. Arthur, Asher y Austin. Ellos y Nessa no tienen culpa de nada, en sus manos estará el que los quiera conocer o no, por parte de ellos, estarían inmensamente felices de conocerla.

Es por este motivo y tras morir el padre de estos hace seis meses, que pensé que era hora de contar la verdad y poner en conocimiento de Nessa que tiene en Irlanda del Norte más familia.

No busco el perdón, pero sí que sepáis la verdad. En vuestras manos está tomar una decisión, nosotros la aceptaremos con dignidad y entenderemos cualquier postura. Eres su figura y ella, estoy segura, de que haga lo que haga, será contando con tu aprobación, cosa que es más que entendible.

Te preguntarás el por qué lo hice, no lo sé, pero pasó y yo me sentía bien, no echaba de menos nada cuando estaba en sus brazos, no te voy a mentir. Fui una cobarde en no contarle, pero, lo que hice fue porque lo sentía, para qué voy a mentir.

Dile a Nessa que la amo con todo mi corazón y que aquí siempre estaremos para lo que necesite”

—Esto es increíble —me puse las manos en la cabeza. Esto es la gota que colma el vaso —dije muy indignada, estaba llena de rabia —Y ahora viene a decir que lo que pasó es que le entró un calentón con otro y así abandonó no solo a su marido, también a su propia hija.

—Hija, esto lo pensé muchas veces, jamás te lo dije para no hacerte daño, pero siempre hubo algo que me decía que estaba la posibilidad de que hubiese formado su propia familia.

—¡Pero lo debió de decir! —me eché a llorar y Diana se llevó a los niños a la habitación. Cillian acarició mi espalda.

—Es doloroso que haya hecho su vida sin decirme nada para que yo pudiese rehacer la mía, pero es tu madre, cualquier decisión que tomes será apoyada por mí, no te quedes con las ganas de nada. Yo ahora estoy mejor que nunca y si de esto me hubiese enterado dos meses atrás, me habría hundido. Egoístamente, para mí, esto vino en un momento clave, ahora que me da igual, que estoy feliz con esto que estoy viviendo con Diana, me liberado de estar pensando que pasó con tu madre, ahora puedo vivir tranquilo dejando eso atrás y pensando que simplemente no me amó, pero que la vida me dio la oportunidad de volverme a sentir amado por una gran persona —se refirió a Diana —Estoy bien, mejor de lo que imaginas, solo me preocupas tú, al fin y al cabo, será siempre tu madre y como dice, tienes hermanastros que tampoco tienen la culpa de nada.

—¿Sabes, papá?

—Dime hija.

—Por una vez, yo también voy a ser egoísta y pensar en mí.

—Haz lo que más bien te haga.

—Pues pasar de ella como lo hizo conmigo. Solo tenía cuatro años y me abandonó, esa es la realidad, por un hombre, cosa que no hay macho en el mundo que me separase de mi hija, esa va por delante de todos, al igual que Fiona y Kevin. Por un hijo uno da la vida, no se va a vivir una historia como si no tuviera ninguna responsabilidad. Te traicionó a ti, a mí y nos abandonó sin ningún remordimiento. No quiero saber nada de ella y lo siento por mis hermanos, pero ellos han vivido con su padre y su madre hasta ahora y no les hice falta, así que no creo que se vayan a morir porque no me vean, pero estoy cansada, agotada de historias, mi vida comenzó de nuevo aquí y de aquí no me moveré —me senté a su lado y le besé la mejilla.

—Hija, lo que tú digas, está bien dicho y lo que hagas, estará bien hecho.

—Disfruta papá, ahora te toca a ti, ella perdió a este gran hombre que eres y tú conociste a una gran mujer. Que nada te frene y vive cada día.

—Por supuesto, cariño.

—Has sido un gran padre y madre a la vez, con la abuela tampoco me faltó de nada. Eres ese amor incondicional que siempre tuve. Contigo y todos los que estamos aquí, me doy por satisfecha y me siento con el corazón lleno. Ahora empieza la vida. Ahora es tiempo de por fin mirar hacia adelante y ni por asomo hacia atrás.

Capítulo 17



Diciembre 1980

Estábamos en la clínica porque llevaba varios días sintiéndome con mal cuerpo, pálida y vomitando muchísimo. Me habían hecho unas pruebas y estábamos en la consulta del médico esperando los resultados.

—Efectivamente, está embarazada —le dijo a Cillian el doctor y a mí se me abrió la boca de forma que parecía que se me iban a rajar las comisuras de los labios.

A Cillian se le podía ver la emoción reflejada en su rostro.

Salí de allí con un ataque de risa de los nervios que tenía.

—Cuatro hijos —murmuré andando a su lado dirigiéndome hacia la camioneta.

—Cuatro niños y cuatro adultos ¿Dónde ves el problema? —me pellizcó la mejilla sin dejar de sonreír.

—En nada, en nada, solo que necesito un poco de azúcar.

—No te me vayas a desfallecer ahora —murmuró agarrándome y sin perder esa sonrisa de felicidad que le salía con esa feliz noticia.

—¿En serio tengo en mi barriguita a un Warren?

—Sí —sonrió mirándome emocionado —Nuestro bebé, cariño.

—El cuarto, el cuarto —murmuré y nos abrazamos.

Llegamos a la finca y entramos en casa, estaban todos alrededor de la chimenea del salón. Era el segundo día de invierno, pero ya llevábamos tiempo sintiéndolo así.

—Tenemos algo que deciros —murmuró Cillian.

—Vamos a ser abuelos —le dijo Diana a mi padre en voz alta y nos echamos a reír.

—Pues ya no hay nada que decir —contestó Cillian con la risilla suelta.

Saja realmente solo entendía que tenía un bebé en la barriga y Fiona estaba de lo más nerviosa pensando en qué nombre poner si era niño o niña. Kevin no se enteraba de nada, ese iba a su bola agarrándose a todos lados intentando caminar.

Miraba a todos y veía un bebé más en un moisés de madera blanco, podía imaginarme ese momento en el que estuviera con nosotros.

La casa era grande y aún había otra habitación más en la que había montada una sala pero que no usábamos jamás, así que ahí podríamos poner un dormitorio, inclusive si era una niña, pasar a las tres ahí ya que era mucho más grande que en la que dormían ahora y si era un varón, ponerlo ahí a él con Kevin.

Ya me imaginaba este embarazo tan diferente al anterior donde el miedo, las amenazas, la desolación y todos los malos sentimientos del mundo me invadieron durante toda la gestación.

Me hacía ilusión, pero a la vez me daba miedo, no sabía decir a qué, pero seguramente debía de ser esa sensación de que cuando todo te va bien, pasa algo y rompe ese momento tan dulce que estas viviendo. Estábamos en manos del destino, ese que nos iba moviendo como si de piezas de ajedrez nos tratásemos.

Todo era muy diferente a meses atrás en los que era como si estuviera viviendo una vida paralela a la que ahora, de repente, como si de un viaje en el tiempo se tratara, me había movido de lo que era mi vida. No sé, tenía unas sensaciones extrañas de todo tipo, debían ser las hormonas que las tendría revolucionadas.

—Nessa, estás muy pensativa —me echó el brazo por encima y besó mi sien mientras yo miraba por la ventana.

—Estoy aún asimilando la bonita noticia.

—Esta vez será diferente, nos tienes a todos que te queremos muchísimo y ese niño viene para sentirse muy amado —parecía que me podía leer la mente.

—Lo sé, poco a poco se me quitaran esos miedos...

—Son normales, mi vida, pero el tiempo y el amor, todo lo cura.

—Gracias por regalarme una vida bonita.

—No, cariño, gracias a ti por venir a cubrir todo de lo que carecía, gracias por regalarme la oportunidad de volver a sentirme amado. Gracias por querer a mis hijos como si fueran tuyos.

—Y tú a mi Saja.

—Es más mía que tuya —carraspeó sacándome una sonrisa.

—Lo sé —sonreí —pero no me importa. Solo con tenerla a mi lado, soy feliz. Estos niños son el motor de mi vida junto al amor que siento por ti, que es más fuerte de lo que jamás pude imaginar.

—No sabes lo que siento cuando escucho esas cosas tan bonitas que siempre me dices —mordió mi oreja causando que la piel se me erizara.

Nos abrazamos y notamos a alguien a nuestros pies y era Kevin sujetándose. Cillian lo cogió y comenzamos a hacerle carantoñas. Se reía muchísimo. Estaba guapísimo, realmente los tres eran tres preciosidades.

Y pensar que esa mujer se fue sin saber que su hijo era de su matrimonio me causaba en cierto modo dolor, al fin y al cabo, era su madre, y, yo, aunque hubiera tomado el relevo de ese papel, la respetaba como tal.

Estaba muy sensible, además de mi estado, unos días atrás llegó la sentencia judicial en la que Carles perdía todos los derechos legales con respecto a Saja, quedando para mí de pleno derecho la patria potestad, y, además, le retiraban el apellido paterno, por lo que, Cillian no dudó en ningún momento en adoptarla legalmente para que llevara el suyo. Ya habíamos iniciado el procedimiento.

Por fin se había hecho algo, como yo decía, no podía llamarlo justicia porque eso no lo era ya que había perdido dos preciosos años de mi hija y ella el derecho a estar con su madre. Así que me alegré de que por fin se hubiera hecho algo, la justicia jamás la íbamos a tener.

Después de la cena, nos acostamos seguidamente, además Kevin y Saja ya llevaban un rato roncando y es que esos dos eran dos dormilones.

Besé a mi papá y a Diana antes de marcharme a la habitación y esta me abrazó y me dijo algo muy bonito.

—Ese bebé va a tener los mejores abuelos del mundo.

—Gracias —la miré emocionada.

La quería muchísimo y, sobre todo, porque había rejuvenecido a mi padre diez años por lo menos. Estaba radiante, lleno de felicidad, lleno de vida.

Cillian me esperaba en la cama con los brazos abiertos, como siempre, deseando que me echase sobre él para abrazarme y recordarme siempre lo mismo antes de dormir.

—No se te olvide que eres una gran mujer, una excelentísima madre y una ejemplar persona, por no decir lo grandísima compañera de vida que eres y una estupenda hija.

Siempre tenía palabras de ese tipo antes de dormir. Siempre...

Claro que existían los príncipes azules y yo tenía al mío propio.

Al día siguiente Cillian se fue con mi padre a Cork a comprar todo para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad.

Los pequeños jugaban en la alfombra del salón y me metí en la cocina con Diana que estaba preparando ya las cosas para el día siguiente que era Nochebuena, bueno y para la comida del otro, ella era muy generosa con la cocina, nos tenía a todos cebados.

—Otro bebé en la casa, no sabes la ilusión que me hace —murmuraba mientras pelaba la verdura.

—A mí también me hace mucha ilusión tener un hijo con él, aunque tengamos tres, no sé, nos faltaba el de los dos.

—Claro —me dijo acariciando mi mejilla—. Mírame a mí, ahora tengo una hija —se refirió a mí—, un hijo —eso fue por Cillian— y tres nietos más el que viene en camino.

—Te has llevado el premio gordo —me reí.

—Me he llevado a un hombre que me está regalando los mejores momentos de mi vida, jamás nadie me trató como tu padre ni me habló con tanto cariño.

—Es un gran hombre —murmuré emocionada— Y tú una gran mujer que estás causando en él esos sentimientos que tenéis mutuos.

A la hora de la comida llegaron con la camioneta cargada de bolsas.

Salimos a ayudar ya que aparcó en la misma puerta de la casa porque había comenzado a llover.

Venían con unas cajas que se rápidamente fueron a esconder, sabía que eran regalos que habían comprado para los niños, por eso de que no lo vieran.

Miré a las niñas que estaban con Isabella y Bono, ambas los tenían ya que Cillian cuando vino Saja no tardó en conseguirle los mismos, inclusive el perrito John, jamás le cambió el nombre y Saja se lo puso también. Copiaba todo lo que Fiona hacía, eran de lo más graciosas.

Capítulo 18



Diciembre 1980

Por la mañana aparecieron por la habitación agarrando cada niña una de las manitas de Kevin, que venía todo feliz hacia la cama.

Ni que decir que los tres se subieron y comenzaron esos momentos de besos y abrazos de buena mañana ¿Qué mejor manera de comenzarla?

Mi padre llamó a Cillian desde la puerta de la habitación y le dijimos que pasara.

—Hay una urgencia, es Lewis, el señor de la tienda del pueblo. Su perro está sin fuerzas.

—Voy —se levantó y se vistió en menos de un minuto.

Me fui con los pequeños a la cocina donde ya estaba Diana preparando el desayuno de todos. El pequeño agarró su biberón y su trozo de pan con una rapidez que cualquiera se lo quitaba. Era tremendo para la comida. Un glotón insaciable que tenía un estómago de lo más espacioso.

Diana se reía viéndolo de la forma tan desesperada que comía y es que no era para menos, todo lo contrario, a las niñas que bien se tomaban con calma todo, hasta que desesperaban.

Esa mañana me sentía mejor, no tenía esas ganas de vomitar que llevaba acarreado varios días, parecía que aquella cosita que se estaba formando en mi barriga, me estaba dando una tregua.

Un rato después apareció Cillian y se sentó a desayunar.

—¿Ya has salvado al perro? —preguntó Fiona y, Saja la miraba sonriendo.

—No se iba a morir, está malito con un virus estomacal.

—¿Lo has dejado ingresado?

—No, por ahora no es necesario, estará mejor en su casa.

—Papá, ¿mañana nos van a dejar regalos al lado de la chimenea?

—Eso es según como os hayáis portado, así que vosotras sabréis —las dos se pusieron las manos en la boca.

—Uy me da a mí que eso es que sabéis que no fuisteis muy buenas —dijo Diana provocando que se pusieran más nerviosas y se echaran a reír.

Saja se había adaptado muy bien a su nueva vida, creo que para ella esto era como una continua excursión donde estaba disfrutando de jugar en compañía y tener el cariño de todos los que la rodeábamos.

Fiona le gastó una broma a Kevin de quitarle el pan y este reaccionó lanzando el biberón hacia la pared.

—¡Kevin! —le reprendió su padre —Ahora te quedas sin desayunar.

El pequeño comenzó a llorar desesperado, pero Cillian no le hacía caso, era como hacerle entender que lo que había hecho estaba mal, pero hasta que

todos terminamos de desayunar, no le dio el biberón y el pobre lo cogió con el corazón encogido y llorando con desgarró.

Cuando él reñía a los niños o tomaba alguna decisión con respecto a cualquiera de los tres, yo no me metía, al igual que él cuando era yo la que ponía alguna norma o castigo.

A las niñas con quitarles las muñecas una hora, eso era una tortura para ellas, así que intentaban no liarla mucho para no perder a sus parejas de trapo.

Al pequeño solo se le reprendía dado que era muy pequeño y aún estaba en esa edad de explorar todo, menos hoy, que ese arranque de furia le valió para desayunar el último y con ello se llevó un aperreo que cuando terminó se quedó dormido aún sumergido en el llanto. Le había dolido mucho que su padre le hubiera dejado para el final.

Esta noche era la cena de Nochebuena, la primera con esta familia que me había caído y la primera sin preguntarme como estaría mi hija, además dentro de mí estaba creciendo mi otro bebé, el cuarto en discordia como yo le llamaba, era increíble como la vida podía cambiar tanto en tan solo seis meses. A Dios no dejaba de darle las gracias por haberse acordado de mí y ponerme por delante todo lo que ahora poseía.

En el fondo esos días me acordé de todo el mundo, para bien o para mal, pero no dejé a nadie en el aire.

Por un lado, me preguntaba ¿Por qué hizo eso mi madre? Puedo llegar a entender que conoció a ese médico y perdió la cabeza por él, hasta ahí, lo podía llegar a entender, pero ¿Cambiar a un hijo por un hombre? ¿Dejar a mi padre sufriendo por no saber su paradero durante veinte años era moral? No, no me entraba nada en la cabeza, no es que tuviese muchos recuerdos de ella, pero los pocos que tenía, pensaba que era una gran madre, así que, al ser conocedora de la verdad, fue todo un desconcierto. Se me había caído todo ese mito que tenía de ella, así que no me quería imaginar el que se le

cayó a mi padre que la conoció mejor que yo y hablaba maravillas todos los años de mi vida. Siempre la tuvo en la boca.

Este día tan familiar me preguntaba si podía tener la conciencia tranquila con lo que hizo. Aún sentía un gran dolor, pero mentiría si dijera que no me dolería que le pasase algo.

Es más, para ser sincera, después de los años que sufrí pensando que podían haberla hecho sufrir, secuestrado, maltratado, matado y un sinfín de teorías, en el fondo me alegraba que esta verdad que a mi padre y a mí nos había dejado incrédulos, hubiese sido lo que le pasó a ella y no algo malo. Pero ahora tenía mucha decepción y no podía pensar en ella de ninguna otra manera que no fuese con reproches.

Y no solo confesó lo que pasó, también nos hizo saber de la existencia de tres hermanastros a los que me negué a conocer, pero realmente, sentía que estaba en un conflicto emocional en ese asunto y me preguntaba que cómo serían, si eran felices, que si tal, que si cuál... No tenían culpa de nada, pero en estos momentos, yo sentía, que, si me acercaba a ellos, le estaba siendo desleal a mi padre y jamás, por nada del mundo, le haría algo que le pudiese molestar lo más mínimo.

Pero claro que me acordé de mis hermanos...

Como también me acordé del sinvergüenza de Carles, ese que estaba pasando en una cárcel sus primeras fiestas navideñas, ese que esperaba que jamás volviera a salir de allí para que no pudiese hacerle nada a nadie. Era un ogro y los ogros no cambiaban.

Recordé a mis amigas de la infancia, Lenna y Beth, esas que iban a la escuela conmigo y jugábamos juntas. Jamás tuve noticias de ellas.

Y miraba a mi alrededor y todo había cambiado muchísimo, demasiado, para todos. Cada uno habíamos vivido una historia y nos fuimos encontrando para reescribir otra.

Ese día fue bonito...

La mesa de la cena era una bendición llena de comidas dignas de agradecer a la vida, a Cillian y a mi padre que se habían encargado de comprar todo, como no, también a Diana por haberlas preparado con tanto cariño y paciencia, se notaba que estaban hecha con mucho amor.

Por la mañana las niñas se levantaron directas a tirarnos la puerta abajo para decir que era Navidad y que había que ir a mirar en la chimenea por si nos habían tirado algo por ahí.

Me eché a reír y no era para menos.

Cuando llegué al salón me quedé boquiabierto. La noche anterior se quedaron preparándolo todo mi padre y Cillian.

Había letreros con los nombres de los niños, de Diana y mío. Los miré arqueando la ceja. Yo también tenía un regalo para cada uno que había comprado con mi padre en Cork un día que fuimos solos.

Diana también tenía regalos para todos, al igual que mi padre y Cillian que eran los que más habían comprado.

Las niñas recibieron unas muñecas con sus vestiditos para cambiarlas además de unos cuadernos para colorear y sus lápices, también unos pijamas, zapatillas y una cocina de madera para las dos. Estaban locas con sus regalos.

A Kevin le cayeron muchos juguetes de madera y ropita. Cada vez que le enseñaba uno de sus regalos se le abría la boca y soltaba una o.

Mi padre me había comprado un reloj precioso de plata vieja, al igual que a Diana, los dos eran exactamente iguales. Lo abracé emocionada.

Diana me había hecho un poncho para poner en los hombros encima del pijama, era para estar por casa, me había encantado el color crema de aquella lana que era de lo más suave. Además, me regaló unas zapatillas de estar por casa y una camisa de cuadros que era muy bonita.

Cillian me miró sonriendo.

—Te falta mi regalo.

—Ya me has dado el mayor regalo que podría tener —me toqué la barriga sonriendo.

—Nessa —se agachó y puso una rodilla en el suelo y me quedé boquiabierta cuando vi que con su mano abría una cajita y dentro había un anillo de compromiso —Me encantaría que te convirtieras en mi mujer y que aceptaras casarte conmigo.

—Levántate —le agarré por los brazos.

—Cuando me contestes —se reía.

—Claro que me caso contigo y si me pides tener seis hijos más, también acepto. Eres todo lo que necesitaba para ser feliz.

Aplaudieron hasta los niños y mi padre se secaba las lágrimas de la emoción al igual que Diana.

Me colocó el anillo y me dio un beso de película ante el insistente aplauso de nuestra familia.

Ni falta hace decir que fue uno de los días más bonitos de mi vida...

Capítulo 19



Febrero 1981

Me encontraba ante uno de los días más importantes de mi vida; mi enlace con Cillian y reconozco que tenía un arsenal de cosquillas recorriendo mi estómago.

Mi padre me llevaba del brazo hacia el coche en el que iría con Cillian y las niñas, Diana y Kevin irían con él en la camioneta.

Cillian me miró emocionado y me dijo que estaba preciosa. No tanto como él, que parecía sacado de un cuento de hadas.

Había elegido un vestido de manga larga con el cuerpo de encaje hasta la cintura y la parte de abajo era de tela con una caída muy bonita. Era sencillo, como yo quería. Cillian llevaba un traje chaqueta de color marrón y una camisa blanca debajo, estaba guapísimo, le quedaba perfecto.

Se había comunicado nuestro enlace, por lo que al llegar a la iglesia vimos que había mucha gente conocida que quería vivir ese día tan importante junto a nosotros.

Nos casamos en una emotiva ceremonia y después nos fuimos los siete a celebrarlo en la finca.

Cuando entramos en la finca me fijé en que también entraba el coche que iba detrás del de mi padre.

—¿Has invitado a comer a alguien? —pregunté extrañada.

—Yo no, tu padre —se bajó del coche dejándome un poco extrañada.

Cuando me bajé en la misma puerta del porche, vi como mi padre venía con tres jóvenes todos menores de veinte años y me quedé paralizada.

—Hija, ellos son Arthur, Asher y Austin, tus hermanastros —murmuró mi padre dejándome en shock.

—Papá...

—Yo les respondí a la carta. Te eduqué y enseñé que a la familia nunca se la abandona y ellos son tu familia, han venido desde Irlanda del Norte para compartir contigo este día —dijo echando la mano por el hombro del más pequeño.

Los tres me miraban expectantes por ver cómo iba a reaccionar, pero como siempre pensé, ellos no tenían culpa de nada y venían desde muy lejos para reunirse conmigo.

Cillian me miró arqueando la ceja y medio sonriendo, mi padre carraspeaba esperando a que reaccionara.

—Chicos, gracias por estar aquí —dije y fui a abrazarlos uno a uno.

Primero lo hice con Austin, el de doce años que el pobre se echó a llorar emocionado en mis brazos. Luego con Asher el de quince años que llevaba llorando desde que me vio y luego a Arthur, el de dieciocho que era el que venía responsable de ellos.

—Papá, eres la mejor persona que jamás he conocido —lo abracé agradecida.

—Yo estoy feliz y enamorado como diría la canción, estos tres chicos son una bendición para la familia y no les tengo rencor, todo lo contrario, les abro mi corazón porque todo lo que tenga que ver contigo, son parte de mi vida.

Se veían unos chicos muy educados y buenos. Los instalamos en la habitación de la salita que ya habíamos convertido en un dormitorio con dos camas, además, les pusimos un colchón adicional.

Nos fuimos a comer al salón donde se colocó todo en la mesa grande que era para doce comensales.

Me parecía increíble el amor que regalaba mi padre a todo el mundo, era un hombre de verdad, de esos que quedan pocos y que hacen que la vida a su lado sea mucho más llevadera y fácil ¿Cómo no iba a adorar a ese hombre que me había enseñado la palabra fidelidad y lealtad en todos sus ámbitos?

Y sí, me acordé ese día de mi madre, no es que me hubiera gustado que estuviera, o sí, pero era un vacío extraño, diferente a lo que había percibido hasta ahora. Tenía un conflicto muy grande de sentimientos hacia ella.

—Bueno chicos —murmuró mi padre en la mesa refiriéndose a mis hermanos — ¿Y qué tal está vuestra madre? —creo que, si en ese momento me hubiera pillado con un trozo de comida en la garganta, me hubiera ahogado —Aunque no lo creáis, a esa mujer algo de cariño le tengo — Diana sonrió escuchándolo y es que ella era también todo corazón.

—Está bien, en Cork pasando unos días en un hostel mientras estamos aquí —contestó Austin, el pequeño de doce años.

—¿Pero no habíais venido solos? —pregunté sorprendida.

—Verás —contestó Arthur el mayor —No queríamos decírtelo para que no te sintieras mal, pero ella nos acompañó y se cogió una pensión en Cork hasta que regresemos a Belfast. No se atrevía a que hiciéramos este largo viaje solos.

—Pues a mí me parece que hizo algo digno —murmuró mi padre —No estaría mal que fueras a verla, hija. Creo que al menos deberíais miraros a los ojos y tener unas palabras.

—Creo que me voy a...

Abrí los ojos y vi a Fiona llorando en los brazos de Austin que la abrazaba para consolarla. Se había puesto nerviosa al verme caer desplomada. Mi padre y Cillian como que estaban acostumbrados.

—Estoy bien, tranquilos, fue la impresión —me fui incorporando en el sofá en el que me habían tumbado.

Fiona se vino a mi falda y dijo algo que no me esperaba.

—Si tu mamá está en Cork, deberías de ir a abrazarla. Para mí eres mi mami, pero si mi mamá estuviera en la ciudad, me encantaría ir a darle un abrazo —era pequeña, había cumplido siete años, pero era consciente de todo, se quedaba con todo. La abracé y los lagrimones me caían como cántaros de agua.

Regresamos a la mesa en medio de un silencio.

—Cillian, ¿me puedes llevar a Cork?, quiero verla —murmuré con un tono cabizbajo y en ese momento, bajo mi asombro, todos, absolutamente todos, comenzaron a aplaudir emocionados.

—A mí me gustaría decir —habló Asher el de quince años —que ni mis hermanos, ni yo, vimos jamás con buenos ojos lo que hizo mamá, rehacer

su vida dejando atrás a una hija y a un marido que no sabían de su paradero. No lo podremos aceptar jamás, pero, es nuestra madre y nosotros hemos vivido otra historia —decía mientras empezaba a llorar—. Lo hizo muy mal, no estuvo acertada en coger la solución fácil y mirar solo por su felicidad, pero no es mala, no fue buena con vosotros, y, nosotros lo sabemos y estamos de acuerdo, pero tampoco es un ogro.

—No llores, Asher —le acaricié la nuca —Nadie dijo que fuese mala, es verdad que con nosotros no se portó bien y fue muy injusta, pero vosotros habéis crecido con su amor y su apoyo incondicional, esos que una madre sabe dar, en algunos casos —puse los ojos en blanco y se rieron —Pero no te preocupes, no es tiempo de odiar, ni de riñas, es tiempo de normalizar todo para poder seguir adelante en paz.

Capítulo 20



Febrero 1981

—Allá vamos —dijo Cillian acariciando mi mejilla antes de arrancar el coche.

Había sido todo muy fuerte, demasiado, pero era hora de reconstruir las piezas del puzle y dejar todo lo malo atrás.

Mi padre me había pedido que la trajese a la finca a comer la tarta con nosotros. Él tenía ya claro cuál era su lugar, pero, también, como decía, ella iba a ser mi madre toda mi vida, quisiera o no, así que prefería no tener que evitar momentos, ya que, los dos, en cierto modo, estaban predestinados a encontrarse muchas veces más en los momentos especiales, habíamos decidido que no le íbamos a cerrar las puertas de nada.

Mis hermanos lloraron mucho agradeciendo a mi padre lo buena persona que era. Y lo era, sin lugar a duda, lo era...

Diana también estaba por la labor de conocerla, es más, me animó de corazón a ello y es que, se le podía ver en la cara que lo decía de verdad. Ella era así de bondadosa...

Llamé a la puerta de su habitación, Cillian se quedó abajo, en la recepción. Aún llevaba mi vestido de novia y una capa que me había hecho Diana para

ese día en color blanco.

Cuando esa mujer me vio parada ante la puerta, su cara se descompuso y comenzó a llorar con sus manos en la cara, se las quité y la abracé.

—No llores mamá, ya es momento de mirar hacia adelante y aceptar todo.

—Pensé que no sabías que estaba aquí.

—Tu hijo pequeño se fue de la lengua —sonreí secándole las lágrimas y refiriéndome a Austin.

—No te pido que me perdones, pero sí que, por favor, necesito que sepas que, aunque suene raro después de lo que hice, te quiero con toda mi alma y me aferré a que sabía que tenías al mejor padre del mundo para cuidarte.

—No quiero hablar de eso mamá. Estamos aquí, cada uno con nuestras vidas, pero estamos todos y eso es lo que importa.

—Vale, hija.

—Vengo a por ti. Diana, la pareja de papá, preparó una tarta y todos quieren que vayas.

—No quiero ser un problema allí.

—No lo serás, como te digo, ahora cada uno tenemos una historia diferente a como la dejaste, solo es cuestión de aceptarnos los unos a los otros y respetar.

—Claro, no lo dudes.

—Pues vístete que nos vamos a seguir con mi celebración.

—Estás preciosa, eres guapísima.

—Creo que salgo a ti —carraspeé y era verdad, siempre me lo había dicho mi padre y, ahora que la veía personalmente, notaba que había mucho de ella en mí.

Cuando bajamos, Cillian la recibió con mucho afecto y la abrazó dándole la bienvenida a la familia Warren. Eso me emocionó mucho.

Iba muy nerviosa y era entendible, yo no lo estaba menos, pero a ella se la veía mucho más, no paraba de mover una de sus piernas.

Era muy elegante y guapa, pero se le notaba el sufrimiento de haber perdido al padre de sus hijos y lo sucedido conmigo.

Llegamos a la finca y, cuando nos vieron todos salieron corriendo, poniéndose junto al coche donde había parado Cillian.

Lo más sorprendente es que el primero que se acercó a ella fue mi padre.

—Hombre, la traidora —dijo abriendo los brazos y en tono bromista.

—Sí, Lorcan, esa misma —murmuro ella y se fundieron en un precioso abrazo donde los dos lloraron. Miré a Diana y también estaba a lágrima viva.

—Ella es mi nueva ilusión, esa que te sustituyó —carraspeó causando una risa en ambas que lo hicieron de corazón.

—Una cosa —le dijo Diana levantando el dedo —esos niños —señaló a los tres y a mi barriga —también son mis nietos.

—Por supuesto —contestó mi madre sonriendo y comenzó a abrazar a todos.

Le había pedido que estos días se quedara instalada en la casa, aunque me costó convencerla, al final accedió. La verdad es que todo se tomó con mucha normalidad. Se quedó en la habitación de las pequeñas, pusimos a las dos juntas y a ella en la otra cama.

Todo era sorprendente, se respetó cada lugar, mis niños estaban locos con su nueva abuela sin descuidar a Diana y a mi padre, por no hablar de sus tíos, esos que se desvivían por ellas.

Mi madre y Diana se llevaban muy bien y siempre andaban en la cocina hablando de comidas y preparándolas. Mi padre estaba volcado en la finca y es que le cogió el relevo a Peter y encima lo tenía todo mucho mejor. Se desvivía para que estuviese limpia y todo en orden por la zona exterior, a él le gustaba, eso le llenaba de vida.

Cillian estaba loco por saber el sexo del bebé. El ginecólogo nos dijo que aún era pronto, pero que creía que era un niño. En ese caso estaba claro que había que ponerle Lorcan, como mi padre. Eso lo decidió Fiona y Cillian decía que apoyaba la propuesta. Saja levantó la mano en conformidad, aunque no tenía claro que se hubiese enterado de nada. Nos reímos mucho ese día.

—Mientras que no sea niña y le pongas el de tu madre —bromeó mi padre en la mesa y nos echamos todos a reír, inclusive ella.

—No seas malo, ella le pondrá el que quiera —le reprochó Diana dándole un puñetazo flojo en el hombro y haciéndonos reír a todos.

—Yo con verlo ya soy feliz —murmuró mi madre emocionada.

Mi padre se pasó esos días gastándole muchas bromas con todo lo que pasó y ella se fue relajando al comprobar que en la casa de los Warren había mucho amor para todos y nada de odio.

Éramos una familia atípica, pero una familia, aunque dividida entre la Irlanda del Norte y la del Sur, por esos casi quinientos kilómetros que nos separaban.

Kevin iba mucho a buscar a mi madre porque sabía que siempre le conseguía una galleta a deshora y le daba los caprichos que pedía. La vi crear un vínculo muy bonito con él, a pesar de no ser de su sangre, pero sabiendo que ese niño era tan mío como Saja y Fiona.

Llegó el día de la despedida. Quedamos en mandarnos cartas y llamarnos de vez en cuando y, que para el nacimiento de mi bebé regresarían a pasar unos días con nosotros.

—Gracias, Lorcan —le dijo a mi padre cogiendo sus manos —Gracias por haber ayudado a que me reencuentre no solo con mi hija, sino con esta preciosa familia que ahora sois. Gracias por perdonarme de esta manera todo lo que os hice. Gracias de verdad, no sabes lo feliz que soy de ver que encontraste a una gran mujer y más joven —carraspeó haciéndonos reír — Gracias por haber criado a nuestra hija y haber estado en todos sus momentos, en los mejores pero sobre todo en los peores.

—No hay por qué darlas, Helen. Era mi obligación como padre, además de salirme del corazón. Quizás todo pasó para que ahora tengamos una familia más grande. Diana y yo, siempre te trataremos con el cariño y respeto que te mereces como madre de Nessa, y, estamos encantados de que hayas traído más familia a esta finca. Cualquier cosa que necesites, puedes contar con todos, al igual que tus hijos.

Mis hermanos mayores lloraban abrazados a las pequeñas y el pequeño sostenía en sus brazos a Kevin que pesaba ya muchísimo.

Se marcharon dejando una paz en la casa increíble. La verdad es que así todo estaba mejor, la vida no estaba para pelear, recriminar y menos aun cuando todas las partes estaban predispuestas a tener una armonía en este nuevo ejemplo de familia.

Esa noche me abracé fuerte a mi padre y le agradecí todo lo que soy y todo lo que me seguía haciendo sentir. Lloramos de emoción diciéndonos lo importante que éramos el uno para el otro y lo feliz que nos hacía que ahora la vida hubiera colocado todas las piezas del puzzle. No era tiempo de odiar, era tiempo de abrir nuestros corazones y amar con todas nuestras fuerzas.

A Diana la abracé, agradeciéndole toda la generosidad que nos brindaba y siempre con la mejor de sus sonrisas. En cierto modo, la sentía también como una madre, esa que estaba haciendo feliz a mi padre y a los niños. Ella regalaba mucho amor, muchísimo, y, eso, era de agradecer.

Lo mismo hice con Cillian en la cama, no se merecía menos y es que, tenía a un gran hombre a mi lado, de esos que son difíciles de encontrar, completo en todos los ámbitos y que me ayudó a completar mi vida, esa que era una sombra que no me dejaba ver más allá del dolor de haber perdido a una hija en vida. Esa que, gracias a él, recuperé y tenía a mi lado...

Capítulo 21



Junio y Julio 1981

Estaba a dos meses de dar a luz a mi varoncito, según seguía diciendo el ginecólogo que me llevaba en Cork.

—¿Qué pasa, Cillian? —le pregunté preocupada al verle colgar el teléfono.

—Es Arthur, esta mañana encontraron a tu mamá sin vida en la cama. Fue una muerte natural —me dijo abrazándome con tristeza y sentí que iba a caer en redondo.

Diana se quedó con los niños en la casa; papá, Cillian y yo, emprendimos un viaje hacia Belfast, un largo viaje que nos tuvo todo el día en la carretera.

Llegamos justo para el entierro que fue a las ocho de la noche, nosotros habíamos salido a las diez de la mañana, pero entre las paradas que habíamos hecho y que el camino que no era bueno, nos demoramos bastante.

Los chicos estaban destrozados, habían perdido a su padre y a su madre en un corto espacio de tiempo.

Nos quedamos en su casa durante tres noches, teníamos mucho de qué hablar.

Arthur estaba en su primer año de carrera de medicina y estaba volcado en eso. Sus padres los habían dejado bien cubiertos con la propiedad que era una buena casa y un dinero de unos seguros además de unos ahorros.

Le propuse que siguiera su carrera en Cork y, que se vinieran a vivir con nosotros, sobre todo porque Austin y Asher que contaban con doce y quince años, necesitaban aún que se les guiara en su camino.

Arthur nos lo agradeció, pero nos pidió terminar ese primer año allí ya que de lo contrario podía decaer y perder el curso al que solo le faltaban tres meses para acabar, así que después de mucho hablarlo, él se quedaría en Belfast y nos llevaríamos a Austin y Asher y lo inscribiríamos en el colegio de Cork.

Aquella casa me erizaba la piel, nada que ver con la que yo me había criado, que estaba muy orgullosa de ella, pero aquí se notaba que habían tenido una posición muy desahogada por el trabajo de su padre, que era médico y eso estaba muy bien remunerado.

Ese año en Belfast comenzó la huelga de hambre tras cinco años de conflicto con el gobierno británico hacia los republicanos irlandeses del norte que estaban prisioneros y que el gobierno británico declinó la solicitud de darles un estatus especial.

Esa huelga de hambre era el medio de protesta pacífica pero muy extrema y de ahí que Bobby Sands falleciera en mayo por esa decisión de dejar de comer como protesta. Era muy conocido como miembro del IRA y del Parlamento británico.

Se podía respirar ese conflicto en la calle, de algún modo el ambiente estaba enrarecido y las personas andaban en una batalla de posiciones que no dejaban indiferente a nadie.

Regresamos con los pequeños y los que instalamos en la habitación que iba a ser para los bebés, compramos una cama litera y otra individual, ahí se instalarían los tres hermanos. A los pequeños les íbamos a hacer una habitación para ellos, íbamos a ampliar la casa, Kevin se quedaría mientras con Asher y Austin hasta que se hiciera, ya que, había tiempo hasta que viniese el mayor.

El viaje fue larguísimo, demasiado, pero los niños lo llevaron bien y mi padre también.

Diana y los niños los recibieron con los brazos abiertos. Aquello se había convertido en una gran familia e íbamos todos a una, no se dejaba a nadie por el camino.

Comenzamos la obra de ampliación para poner a Kevin junto al bebé que estaba por nacer.

Preparé todo lo que hacía falta para el nacimiento ya que a lo tonto se echaba el tiempo encima.

Lo bueno era que todos ayudaban a Diana a poner la mesa, quitar su plato, se hacían las camas, menos Saja que era muy pequeña, pero Fiona tenía un rol de madre muy grande y siempre estaba pendiente de su hermanita y Kevin.

Austin siempre iba junto a ellas y Asher era más de ir a ayudar a mi padre cuando no estaba en el colegio.

En junio, cuando terminó su primer año, Arthur se vino para la finca y rápidamente se arregló su plaza en la universidad de Cork, inscribiéndose para el segundo año, y, así, ya se quedaba tranquilo todo el verano. Eran unos niños muy responsables con sus estudios.

Julio vino bonito, a pesar de todo lo sucedido había un ambiente sano en la casa, donde el respeto y el cariño se hacía latente cada día.

Arthur comenzó cada día a ayudar a Cillian en la clínica, llevaba la vocación de la medicina muy en la sangre, y, aunque, veterinario era diferente a lo que él estaba haciendo, como decía, al final todo era lo mismo, salvar vidas y eso era lo que a él le llamaba.

Sentía que éramos muchos, que teníamos una familia de lo más amplia y a mis veintiséis años me sentía muy llena de amor, ese que nunca me faltó de manos de mi padre, pero ahora era como un jardín que había florecido de repente y te dejaba con esa sensación de ver algo tan bonito, pues así era como sentía mi vida, ese jardín del que no dejaban de salir hojas para alegrar nuestros días.

Cillian me estaba dando un embarazo de esos que es un regalo divino; me cuidaba constantemente, tenía muchos detalles conmigo y siempre se preocupaba en hacerme algún que otro masaje en las piernas para que esa hinchazón bajara un poco. No podía pedirle más a la vida que, el pequeño que estaba a punto de venir, lo hiciera en las mejores condiciones.

Epílogo



Diciembre de 2010

Era el día de mi cincuenta y seis cumpleaños...

La finca estaba llena de vida, de personas, la familia había crecido hasta tal punto que parecía mentira y con ella, eran los comienzos de una brutal tecnología en la que ya la comunicación y todo era muy diferente.

Mi padre había fallecido cinco años atrás a la edad de ochenta y cinco, aquí en Cork, donde se quedó al lado de Diana y de nosotros el resto de su vida.

Diana falleció un año antes que él, parecía increíble, de la noche a la mañana una enfermedad se la llevó a los setenta y cuatro años, de ahí a que mi padre cayese en picado y es que, no sabía vivir sin ella. Habían tenido casi veinticinco años de felicidad plena.

Cillian tenía setenta y un años, pero era para verlo, increíblemente la genética hizo con él una maravilla y es que se dedicaba a hacer mucho deporte en la finca y a salir conmigo a pasear, de compras, disfrutar de la vida moderna como le llamábamos. Cinco años atrás dejó la clínica, ya había trabajado lo suficiente y ahora le tocaba vivir la vida, esa que se merecía por encima de todo. Éramos muy felices y sentíamos pasión el uno por el otro.

Nuestro pequeño Lorcan tenía veintinueve años y Kevin estaba en sus treinta preciosos años. Los dos eran uña y carne y vivían en Cork con sus mujeres, ambos tenían dos hijos. Lorcan tenía junto a Mariah dos princesitas de dos y cuatro años, Diana y Elsa. Kevin junto a su mujer Martha tenía dos varones, Lorcan y Cillian, se los habían puesto por su papá y abuelo, con la aceptación de su mujer, por supuesto.

Fiona ya contaba con treinta y seis años y después de sacarse la carrera de profesora, se fue a Dublín donde le salió trabajo y conoció a Ernest, otro profesor del que se enamoró y se casó, tuvieron dos hijos; Mark y Stephan.

Saja, mi dulce Saja de treinta y dos años, toda una mujercita también, esa que con diecisiete años se enamoró de un joven de Cork que acababa de terminar la carrera de abogado y no tardaron en casarse cuatro años después. Tenían una hija llamada Nessa como yo, y, venía todos los fines de semana a pasarlo con nosotros.

Arthur era médico en Belfast, regresó a vender la casa para repartirlo con los hermanos y cuando digo los hermanos, no me refiero a ellos tres, lo repartió entre los siete, así se sentían todos y pese a que dijimos que no, ellos dejaron claro que a mí también me pertenecía como hija así que para mis hijos iría. Lo mismo que el dinero que dejaron del seguro.

Pues como decía, cuando decidió todo y fue a venderla, allí conoció a una chica de la que se enamoró por completo y decidió hacer su vida allí junto a ella después de conseguir un puesto en un hospital muy importante de la ciudad.

Ahora tenía cuatro hijas; Telma, Russ, Dana y Claire. Todas en edades entre los 15 y 19 años.

Asher tenía ya la edad de cuarenta y seis años, trabajaba en el ayuntamiento de la ciudad de funcionario en el tema de recaudación local, estaba muy feliz viviendo en Cork con su mujer Sophie que era enfermera y ya tenían un hijo llamado Kevin, se lo puso por su hermano mayor.

Y Austin era un hombre de cuarenta y tres años que triunfaba en la tele como actor de cine, con varios premios reconocidos y viviendo a cuerpo de rey, ese no quería casarse ni compromiso con ninguna mujer, estaba disfrutando constantemente de su trabajo y de las mieles de ese éxito que iba en aumento.

Y así fue como hoy, todos aquí reunidos y formando una familia de lo más grande, estábamos celebrando mi cumpleaños rodeados de nuestros hijos, sus cónyuges y ese séquito de nietos con los que contábamos y que nos hacían tan felices.

La vida era preciosa, estaba llena de momentos y, sobre todo, nos demostró que, pese a todos los males, nos tenía preparado un futuro de lo más alentador.

Mis hijos, nietos, marido, esos que nunca me fallaron y que ahora estaban aquí cantándome un Cumpleaños Feliz...

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu

